



Vicisitudes del concepto de género en el psicoanálisis (1ª parte)

Concepció Garriga i Setó¹

IARPP España, S. Forum de Psicoterapia Psicoanalítica

Este trabajo es un recorrido por el concepto de género dentro del psicoanálisis, tanto en sus aspectos implícitos como explícitos. En la primera parte se muestran los efectos implícitos de no disponer de teoría respecto al género; de la negación del trauma sexual infantil; y de la ignorancia de la iatrogenia que suponía la violación de límites dentro del espacio analítico (el incesto simbólico). A continuación, se deconstruye la participación de la teoría psicosexual en la institución de la dominación simbólica dentro del psicoanálisis, siguiendo a Bourdieu (1998). Luego, de la mano de Corbett (2009), se parte del “Caso Juanito” (en su centenario) para mostrar como el psicoanálisis “normativiza” acerca de la masculinidad.

Se detiene en las aportaciones de Benjamin (1988), Dio Bleichmar (1997), Levinton (2000) y Laplanche (2007). Y, en una segunda parte, basándose en Butler (2004), se muestra la poca consistencia del trabajo de Money (1955) sobre el que se apoyaba todo el edificio conceptual acerca del género y la sexualidad construido hasta el momento. La teoría *queer* lo acaba de sacudir. Termina viendo la dirección que está tomando el género en el el siglo XXI con las contribuciones de Chodorow (1999, 2005), Dimen (2002, 2003), Goldner (2002, 2003), Harris (2005) y Layton (2004).

Palabras clave: Género, Sexualidad, Clase, Dominación simbólica, Teoría queer

This paper is a tour around the concept of gender in psychoanalysis, both in its implicit and explicit aspects. In the first part, the implicit effects of not having a theory with respect to gender; of the negation of the sexual child trauma; and of the ignorance of the iatrogenia that boundary violation in the analytical space (the symbolic incest) entails are shown. Next, the participation of the psychosexual theory in the institution of the symbolic domination in psychoanalysis is deconstructed, following Bourdieu (1998). Afterwards, assisted by Corbett (2009), through “Little Hans” it is shown how psychoanalysis “normalises” about masculinity. It stops at Benjamin’s (1988), Dio Bleichmar’s (1997), Levinton’s (2000) and Laplanche’s (2007) contributions. And, in a second part, based on Butler (2004), it is shown the little consistency of the work of Money (1955) on which all the conceptual building about gender and sexuality constructed up to then was leaning. *Queer* theory finished the job. It ends up with the view of the direction that gender is taken in the 21st century with the contributions of Chodorow (1999, 2005), Dimen (2002, 2003), Goldner (2002, 2003), Harris (2005) and Layton (2004).

Key Words: Gender, Sexuality, Class, Symbolic domination, Queer theory

English Title: Vicissitudes of the concept of gender within psychoanalysis. First Part.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Garriga i Setó, G. (2010). Vicisitudes del concepto de género en el psicoanálisis, 1ª parte.

Clínica e Investigación Relacional, 4 (1): 104-141.

[[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen41Febrero2010/tabid/648/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]] [ISSN 1988-2939]

¿De dónde partimos?

Los mitos y fantasmas del principio del psicoanálisis impregnan una gran parte de la cultura “psi” y de la cultura occidental contemporánea. El psicoanálisis surgió a finales del XIX, principios del siglo XX, por lo tanto se nutrió de la cultura y de las creencias imperantes en la época. A lo largo del siglo XX ha tenido que ir evolucionando a tenor de los cambios culturales que se iban produciendo, no sin oponer resistencia, aunque finalmente se ha tenido que adaptar. Tarea que ha corrido a cargo de sus corrientes más abiertas, como el Psicoanálisis Relacional, que a finales de siglo y de la mano del malogrado Stephen Mitchel y de Jessica Benjamin (sus más eminentes promotores) recogieron y reformularon el pensamiento de la época, alentado por revistas como *Psychoanalytic Dialogues* y ediciones como *The Analytic Press*, que sacudió los cimientos sobre los que se fundamentaba el psicoanálisis tradicional. Este nuevo pensamiento recogía en su seno los aportes de la que ha sido, para el mundo occidental, **la mayor y más trascendente de las revoluciones pacíficas que hayan tenido lugar después de la implantación de las democracias**, y que en mi opinión se trata de una mayor profundización de la democracia: el reconocimiento y la práctica, aun minoritaria e imperfecta, de los derechos individuales de las mujeres, que tuvo lugar a partir de las que se ha dado en llamar sucesivas olas del feminismo.

La **primera ola** fue la que logró que las mujeres obtuvieran el derecho al voto; **la segunda ola**, de finales de los 60 en adelante, promovió la igualdad de oportunidades, reconoció la validez del deseo sexual de las mujeres y propuso el reconocimiento de las diferencias de clase y de raza entre ellas. Las pioneras dentro del entorno “psi” fueron Nancy Chodorow (1978), Betty Friedan (1963), Kate Millet (1969), Ethel Person (1980), Adrienne Rich (1976) ... en USA; y Simone de Beauvoir (1949), Juliet Mitchel (1974), Susie Orbach (1986), Eichenbaum y Orbach (1983a, 1983b), Dio Bleichmar (1985) ... en Europa (lista muy limitada); proceso que se ha ido completando con el **feminismo de la tercera ola**, que ha tenido sus teóricas “psi” (Bejamin, 1988, 1995, 1998; Chodorow, 1994, 1999, 2005; Dimen & Goldner, 2002; Dimen, 2003; Gilligan, 1982; Goldner, 2003; Harris, 2005; Layton, 1998) a las que se han sumado las aportaciones de la teoría **queer** (Butler, 1993; Corbett, 2002) con el reconocimiento de que ni el género ni la sexualidad son sistemas duales excluyentes, sino que el género y el deseo sexual son flexibles, y flotan libremente dando lugar a múltiples posiciones de la identidad; comprendiendo el cuerpo como expresión personal, la pluralidad de géneros, y los malabarismos entre carrera, sexo y maternidad. Actualmente (*Studies in Gender and Sexuality*, Vol. 10(4), 2009) se postula una **cuarta ola del feminismo**, la del siglo XXI, que algunas llaman espiritual, y otras comunitario, caracterizada por la preocupación por el planeta y todos sus seres vivos.

Esta revolución sólo ha sido posible gracias al malestar –o dolor- que sentían las mujeres cuando se daban cuenta del destino que les esperaba por el hecho de tener asignado normativamente un rol de género, que las dejaba en franca desventaja para vivir en el mundo: sin recursos económicos, con la responsabilidad exclusiva de la crianza, sin capacidad de decisión respecto a nada que las afectara, ni siquiera respecto a su propio cuerpo; siendo criadas para la sumisión y el abuso sexual. En definitiva, un

destino de esclavas físicas y sexuales que sólo daba lugar a psicopatologías de menor o mayor gravedad: narcisismo, histeria, somatizaciones o psicosis, dependiendo de la edad de inicio y de la duración² del maltrato, que, como veremos a continuación, el primer psicoanálisis no sólo no fue capaz de resolver, sino que contribuyó a empeorar. A pesar de lo cual dicha revolución también tuvo lugar dentro de sus mismas filas gracias particularmente a las autoras que he ido nombrando y a otras que desconozco.

La teoría de la seducción

La historia del psicoanálisis respecto al género corre paralela a la de la cultura occidental. Tal como muestran los y las diversos autores y autoras en que me baso, el psicoanálisis ha tenido un carácter normativo y muchos puntos ciegos. Uno de ellos es paradójicamente uno de los fundamentos del psicoanálisis. Me refiero a las vicisitudes y la retirada de la mal llamada teoría de la seducción así como su nueva incorporación. Empezaré por aquí para hacer un relato cronológico.

Para este relato me basaré en Intebi (1998) que remite a “Juicio a la psicoterapia”, una obra que Jeffrey Masson (1984), director custodio de los *Archivos Sigmund Freud*, escribió en 1991, justamente para aportar datos respecto a dicha teoría.

Freud empezó siendo el psiquiatra que escuchaba atentamente a sus pacientes mujeres, y se enteraba de que en el pasado de todas ellas se escondían terribles y violentos acontecimientos y, fundamentalmente, las creyó. En 1896 Freud dio una conferencia en Viena donde hizo públicas sus conclusiones sobre la histeria que contenían su convicción de que hay episodios reales de seducción sexual acaecidos en la infancia de las pacientes –y provocados por adultos- que se determinan como fuerza traumática. En concreto, dijo “en la base de todo caso de histeria se encuentran una o varias vivencias –reproducibles por el trabajo analítico, aunque el intervalo alcance decenios- de *experiencia sexual prematura* y pertenecientes a la primerísima niñez (“La etiología de la histeria, 1896). Más adelante detalla esas experiencias sexuales de la infancia, consistentes en estimulación de los genitales, acciones semejantes al coito, etc., que pueden ser reconocidas en el análisis como aquellos traumas de los cuales arrancan tanto la reacción histérica, como el desarrollo de síntomas histéricos. Freud además se ocupaba de aportar detalles que apuntalaban esta realidad.

En los 18 casos sin excepción que presentó de histeria pudo afirmar que en la infancia de sus pacientes hubo vivencias sexuales de este tipo. En 1897 le escribió a Fliess para decirle que ya no creía en su neurótica teoría de las neurosis. A pesar de ello seguía encontrando y escribiendo sobre casos en que habían tenido lugar unas situaciones tan espeluznantes que le dijo a Fliess (1897): un nuevo paradigma para el psicoanálisis debería ser “¿Qué te han hecho? ¡Pobre criatura!”.

En 1905, cuando escribió los “Tres ensayos” ya no quedaba ni rastro de la teoría de la seducción, y afirmaba que “los sucesos traumáticos de la infancia constituyen una defensa para evitar vivenciar plenamente los sucesos de la adolescencia”.

Este cambio fue debido (según la documentación de Masson) a las presiones que recibía de sus seguidores, que postulaban que sostener la realidad de la seducción hubiera frenado el avance de la teoría psicoanalítica. Anna Freud (1984) añadió

“sostener la teoría de la seducción hubiera significado abandonar el complejo de Edipo”, y con él toda la importancia de las fantasías conscientes o inconscientes. De hecho, ella creía que eso hubiera provocado la posterior desaparición del psicoanálisis. En realidad Freud se desdijo por no quedar aislado y limitado económicamente. Consiguientemente al desembarazarse de la dimensión real de los relatos se creó un sistema de explicaciones poco consistentes que los psicoanalistas remiten mediante interpretación a los propios deseos incestuosos de las pacientes; a su impulsividad y hostilidad hacia los padres, creando así un círculo vicioso de retraumatizaciones muy patógeno, causante de iatrogenia.

Dilucidar las consecuencias del hecho de que Freud abandonara la realidad de las escenas de seducción infantiles es crucial para las personas que han sido victimizadas y para las personas que las escuchan. Quizá muchos relatos de abusos sexuales no se desecharían escudándose en las fantasías infantiles y en la capacidad de fabulación de las histéricas.

Intebi (1998) cita como ejemplo el caso de Rosana, una adolescente de 15 años, hija menor de un matrimonio de clase media. Su madre denunció al Juzgado de Menores que su hija estaba siendo víctima de comportamientos sexuales inadecuados por parte de su padre. El informe psicológico dice: “en relación a las vivencias traumáticas con la sexualidad que se observan en el material no puede afirmarse ni negarse su exclusiva relación con los hechos que se investigan, dado que en esta etapa pueden observarse problemáticas similares respecto a la sexualidad”. Recomienda tratamiento psicológico.

Después del sobreseimiento del caso de acusación contra el padre, Rosana fue derivada para tratamiento a un centro especializado en maltrato infantil. Allí relató que el padre maltrataba físicamente a todos los integrantes de la familia, aunque con ella era más indulgente. A la cuarta sesión relató que viendo la tele en el sofá su padre se le subió encima, a caballito, y la empezó a tocar, le abrió la camisa y le metió mano, y varias escenas de este tipo.

A pesar de estas evidencias el padre acusó a la madre de enferma mental, obstaculizó el tratamiento psicoterapéutico de Rosana hasta que ésta lo abandonó, y Rosana siguió viviendo con su padre a pesar de haber expresado sus temores al juez.

Al rechazar la teoría de la seducción Freud abrió una excusa –o una excusa- que permite a los profesionales evitar el contacto con los intensos sentimientos que genera creer la veracidad del abuso. También fue una manera de no cuestionar el “statu quo” de poder y privilegios de los hombres de la época, y de sus propios seguidores que, como veremos, incurrían en todo tipo de licencias sexuales con sus pacientes y conocidas, a menudo con el beneplácito e incluso con la invitación de Freud. Ignorando, o mejor dicho, negando los efectos de sus acciones, podían seguir perpetrándolas.

El caso Ernest Jones

En 1903, en 1906 y en 1907 sucedieron unos hechos en Londres que creo oportuno narrar³. En 1903 a Ernest Jones le hicieron dimitir como médico del Hospital de Niños del Noroeste de Londres por conducta indecente. Después tuvo que aceptar trabajos a tiempo parcial de menor grado, como el que obtuvo para el London County Council, que

consistía en pasar pruebas individuales a criaturas retardadas. El primer día de trabajo ya hubo una queja por parte de un niño, y de tres niñas. Gracias a la denuncia de los padres de una de las niñas a la policía, debido a que el director del London Conty Council les daba largas, Jones fue arrestado, acusado de “abuso indecente” y absuelto dos meses después a pesar de que había una prueba irrefutable: un mantel manchado de semen. Apenas 6 meses después obtuvo otro puesto en el Hospital de Enfermedades Nerviosas, del que fue despedido al poco tiempo por inadecuación sexual. En 1908 emigró a Toronto, Canada, y allí, una de sus primeras pacientes le amenazó de demandarle por explotación sexual.

Después de 1907 los planes de Jones como médico en Londres se vieron truncados por estas manchas negras en su historial. Entonces se acercó al psicoanálisis, de manera que cuando emigró a Toronto lo hizo como psicoanalista. Después volvió a Europa, a Viena, y en 1912 donde se incorporó a la sociedad de Freud. Su adherencia al psicoanálisis le permitió resituarse con mucho éxito. Fue el presidente de la IPA que duró más años.

Gabbard & Lester (1995), que ha escrito “Boundaries and Boundary Violations in Psicoanálisis”, revisando el caso Jones, explica que al principio del psicoanálisis hubo muchas violaciones de límites y que el mismo Freud -luego lo veremos con la visión que da Chodorow (1994) y con la narrativa de Corbett (2009)- era muy tolerante, e incluso incitador de estas violaciones de límites. Así lo hizo con la “destrozada y morfinómana” pareja de Jones, a quien trató y luego animó a que se casara con otro Jones, Herbert, norteamericano. De la misma manera que sugirió al psicoanalista Fink que se casara con su primera paciente, literalmente “porque era rica y así haría contribuciones significativas para el psicoanálisis”.

Aunque, siguiendo con Gabbard (2002), por esta época Freud se dio cuenta de que si sus seguidores incurrieran en tantas implicaciones sexuales con sus pacientes, destruirían la nueva disciplina, y fue entonces cuando empezó a redactar los diez mandamientos de la técnica analítica. Kerr (1993), uno de los historiadores del psicoanálisis señala que la explotación sexual de pacientes era omnipresente.

Kerr reconoce que esta situación sólo ha empezado a cambiar a partir de los 80, particularmente gracias a la presión que han ejercido las mujeres analistas, y al reconocimiento del incesto como factor principal de patología, es decir, después de volver a “corregir” la teoría de la seducción. De aquí ha derivado la noción de que el sexo entre analista y paciente es simbólicamente incestuoso, ergo patógeno.

Por otro lado Kerr termina su narración diciendo que Jones, que puede ser profundamente despreciable por estos aspectos, también puede ser profundamente admirable por otros, puesto que durante la época nazi salvó la vida de unos 50 analistas y sus familias.

Hilferding

En otro orden de cosas, Balsam (2005) presenta el caso de esta psicoanalista. Hilferding fue la primera mujer psicoanalista que formó parte de la sociedad psicoanalítica de Viena. En 1911 leyó un trabajo con el que presentaba las conclusiones a las que había

llegado con sus observaciones clínicas: “no hay amor materno innato en ningún sentido biológico, pero éste puede ser adquirido mediante las experiencias de alimentación y los cuidados físicos de la criatura si se dan determinadas condiciones favorables; si no se dan pueden surgir rechazo a cuidar, deseo de dar la criatura en adopción, o rabia y odio”.

Hilferding no fue comprendida por Freud ni por los miembros de la sociedad, su aportación fue ignorada, y finalmente se dio de baja.

Respecto a la feminidad en el psicoanálisis clásico

A pesar de las diversas contribuciones que se han hecho desde diversos ámbitos, todavía hay mucha investigación en psicoanálisis tradicional que acaba remitiendo, en un círculo cerrado y vicioso, a la palabra de Freud y a sus teorías del desarrollo psicosexual, y acaba encontrando finalmente la “roca base” (protesta masculina y deseo del pene), de manera que el discurso sobre la sexualidad/identidad femenina acaba siendo más un discurso de cómo la veían estos hombres (Freud, Abraham, Jones,...) y la cultura de principios del siglo XX, que una experiencia de las mujeres, es decir, es una mirada androcéntrica y arcaica. El problema es que hay sociedades psicoanalíticas que siguen leyendo acríticamente los textos de Freud, sin cuestionar que esta manera de ver corresponde a un momento histórico, por un lado, impregnado por siglos de tradición judeo-cristiana, pero que, por el otro, tal como han demostrado Foucault (1978) y Bourdieu (1998), ha contribuido a su perpetuación, **al dar fundamento**, en apariencia natural, **a la dominación masculina** enraizada en la manera de organizarse las familias, sobre todo a la que da lugar la narrativa del desarrollo psicosexual.

Bourdieu (1998) nos muestra que lo que en la historia aparece como natural e inmutable no es más que el producto de un trabajo constante de reproducción. Podemos afirmar que el psicoanálisis es una de las instituciones que ha contribuido a la reproducción de la dominación simbólica. Esta es la tesis que sostienen tanto Nancy Chodorow (1978, 1994) como Emilce Dio Bleichmar (1997); que Jessica Benjamin (1988) nos ayuda a analizar, con respecto a la feminidad; y que Corbett⁴ (1996, 2009) analiza respecto a la masculinidad normativa.

El sistema binario de clasificación: cuerpo/mente, naturaleza/cultura (Bourdieu, 1998) o polar (Benjamin, 1988) cuando se transforma en esquema de pensamiento y se refiere al binario mujer/hombre, acaba otorgando todo lo que aparece como valioso al hombre, y lo que queda, los elementos primitivos y arcaicos de la vida humana, a la mujer.

Veamos como la institución psicoanalítica transforma la diferencia sexual (de los cuerpos) en desigualdad social, dando la apariencia de natural-biológica. Bem (1993) explica que a finales del XIX las disciplinas aliadas de la medicina (sexología, psiquiatría y psicología) dieron legitimidad científica al requerimiento cultural de que el sexo del cuerpo casara con el de la mente (entonces no disponían del concepto de género).

Voy a resumir lo que dice Freud de la sexualidad femenina (que él llama desarrollo psicosexual y que hoy entendemos por identidad de género), como ejemplo paradigmático de ejercicio de dominación simbólica, deconstruyendo de la mano de Bourdieu (1998). Lo que Freud llama desarrollo psicosexual no es otra cosa que la

conversión en desigualdad jerárquica de la diferencia sexual arbitraria. Para él la sexualidad –se refiere al género, o al sistema sexo-género- viene determinada por la biología. En su primer escrito, de 1908 “Tres ensayos para una teoría sexual. La sexualidad infantil”, postula que **los niños** tienen la teoría de que ambos sexos poseen el mismo aparato genital. Afirma que las niñas sucumben a la envidia del pene, que culmina con el deseo de ser un niño. Esta es su teoría del sexo único.

En 1924, en “La disolución del complejo de Edipo” afirma que la anatomía es el destino, que el clítoris se comporta como un pene, pero que cuando la niña lo compara con uno de verdad siente este hecho como una desventaja y un motivo de inferioridad. Entonces la niña supone que lo perdió por castración, y acepta este hecho como consumado. En el complejo de Edipo la renuncia al pene debe tener una compensación, la niña pasa de la idea de pene a la idea de **niño**, y que este será un regalo de su padre. En este mismo texto Freud reconoce que su conocimiento del proceso evolutivo de la niña es incompleto e insatisfactorio.

En 1925, en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica”, afirma que la niña se da cuenta de que el pene es muy visible y de grandes proporciones, que lo reconoce como símil de su propio órgano pequeño e inconspicuo, y que desde este mismo momento cae víctima de la envidia fálica. En este texto Freud habla de la masturbación clitoridiana como masculina, y se da cuenta de que las niñas tienden menos a recorrer a la masturbación que los niños. Lo atribuye a la represión de la sexualidad masculina a fin de que se pueda desarrollar su feminidad. En este texto Freud afirma literalmente: “la divergencia entre el desarrollo sexual masculino y el femenino es una consecuencia comprensible de la diferencia anatómica entre los genitales y de la situación psíquica implícita: equivale a la diferencia entre una castración realizada y una mera amenaza de castración”. En un año Freud ha pasado de “la niña supone que lo perdió por castración” (en el texto de 1924 “La disolución del complejo de Edipo”) a creer, él mismo, y a sostener que ha sido castrada realmente. En un año ya no pone la distancia de la creencia “falsa”, por tanto a corregir, de los niños y las niñas, sino que ya habla (¿por identificación inconsciente con los niños?) de castración realizada en la niña. Todo esto a pesar de que Karen Horney (1924) ya dijo que, en todo caso, lo que las niñas envidiaban era la situación privilegiada de los niños y de los hombres y no el pene.

Por cierto, lo que sabemos actualmente respecto al sexo único masculino, gracias a los hallazgos de la embriología, es que justamente lo contrario es cierto. En ausencia de andrógenos un embrión, aunque genéticamente sea macho, se desarrollará como hembra. El estado neutro, de reposo o inicial para los mecanismos centrales del sexo, así como los rudimentos de los órganos sexuales y de sus aparatos anexos, son femeninos; es decir, si el flujo de andrógenos es bloqueado, el cerebro femenino retoma el mando. El cerebro humano, embriológicamente hablando, es hembra, y, si en un periodo crítico determinado –la octava semana- recibe el empuje de los andrógenos liberados por el cromosoma “y”, entonces se masculiniza. De la misma manera, el pene resulta de la androgenización del clítoris, de manera que no se puede seguir sosteniendo que el clítoris sea ni embriológica, ni anatómicamente, un órgano masculino (pg. 344).

También sabemos que bajo la influencia de las hormonas el cerebro se desarrolla dimórficamente. Esta diferenciación tiene lugar durante el tercer trimestre de embarazo,

cuando ya ha tenido lugar la diferenciación de los órganos sexuales externos, y continúa posiblemente durante el primer trimestre postnatal (Kernberg, 1995), y más adelante.

El regulador cerebral de la sexualidad es el hipotálamo (Tobeña, 1995). Se han encontrado diferencias anatómicas muy notables en el hipotálamo de hombres y mujeres en el sentido que los hombres tienen el área pre-óptica mucho más desarrollada que las mujeres, mientras que en las mujeres el mayor es el núcleo ventromedial, estas diferencias lo son tanto en volumen como en número de neuronas. Hay evidencias de que estas áreas regulan el deseo y la conducta sexual de forma dimórfica. También se han encontrado diferencias en estas estructuras entre homosexuales y heterosexuales (LeVay, 1993).

En 1931, en “Sobre la sexualidad femenina” Freud afirma que la mujer tiene dos zonas sexuales: la vagina, órgano sexual femenino, y el clítoris, masculino. También afirma que del reconocimiento de la castración pasa a reconocer la superioridad del hombre y su propia inferioridad, y que se revela contra este estado de cosas de tres maneras:

- 1) apartándose de la sexualidad
- 2) autoafirmándose en la masculinidad
- 3) adoptando la actitud femenina normal

Lo que entiende por actitud femenina normal lo encontramos en “La feminidad” (1932) donde equipara feminidad con pasividad, con masoquismo, con docilidad y con dependencia. Y dice que con el viraje hacia la feminidad el clítoris tiene que ceder total o parcialmente su sensibilidad y con ella su significación a la vagina (¡A las mujeres se les pide un imposible! ¿Qué quiere decir ceder su sensibilidad? Se pueden pasar toda la vida en análisis y frustradas. ¡Cuánta iatrogenia! ¡Es como si a los hombres se les pidiera que cedieran la sensibilidad de su pene al ano, por ejemplo, por citar zonas erógenas! Toda esta mitología acerca del doble orgasmo se ha prolongado mucho y ha hecho mucho daño a muchas mujeres. Masters y Johnson (1966) ya mostraron en 1966 que “desde un punto de vista fisiológico, todos los orgasmos femeninos se atienen a las mismas pautas de respuesta refleja, sea cual fuere la fuente de estimulación sexual: frotación del clítoris, estimulación de los pechos, o el coito” (p. 89).

En este texto Freud llega al clímax de la violencia simbólica que está perpetrando, al afirmar: **“la consecución de la finalidad biológica ha sido confiada a la agresión del hombre y hecha independiente, en cierta medida, del consentimiento de la mujer”** (Creo que es interesante leer este texto como documento histórico de cuál era la teoría que sustentaba una práctica sexual de los hombres absolutamente dominante, sin ningún tipo de inhibición ni cuestionamiento, y que nos muestra, además su carácter normativo. A la vez que describe, prescribe como debe ser: al hombre se le daba legitimidad para la violación, sin más consideraciones). ¡Ah, esto sí, con la finalidad de la reproducción! Porque debe ser a esto a lo que se refiere la finalidad biológica). Un discurso así de descarado lo sostenía unos años después la sección femenina de la Falange Española. Y en la actualidad los talibanes afganos que han instado a Karzai a promulgar una ley que obliga a las mujeres a mantener relaciones sexuales siempre que sus maridos lo requieran.

Masters, Johnson y Kolodny (1992) lo exponen de una manera bien clara “hasta mitades del siglo XX, muchas personas, entre ellas autoridades médicas, consideraban que la mujer no era capaz de alcanzar un orgasmo. Esta creencia era el reflejo del prejuicio

cultural de que el sexo era un acto que el hombre perpetraba para su exclusiva gratificación, teniendo a la mujer como sujeto pasivo. Por espacio de siglos se instó a las mujeres a “cumplir con sus deberes conyugales” prestándose en todo momento a los requerimientos sexuales del marido, a la vez que se les inculcaba la idea de que las mujeres “decentes” no debían complacerse en el amor sexual. Puesto que las muestras de placer físico o tener un orgasmo se consideraba “impropio de una dama”, es normal que muchas mujeres no pudieran lograr orgasmos. Se implantó en ellas la idea de que “no podían experimentar placer sexual, y que, si eran capaces de tenerlo, no debían permitírselo”. (p. 80)

Volviendo al análisis del discurso de Freud, Chodorow (1994) nos cuenta que cuando Freud tenía el cáncer operado las psicoanalistas mujeres estaban publicando más deprisa que él, y que esta situación le instigó “La sexualidad femenina”. Y añade, lo que él llamaba “feminidad normal” es en realidad “feminidad normativa”. Aquello que es la organización psicológica de algunas mujeres se convirtió en el desarrollo femenino en general.

Freud acabó llegando a la conclusión, en 1937, en “Análisis terminable e interminable” que, “para lo psíquico, la biología hace el papel de fundamento rocoso subyacente. Efectivamente, dice, **el repudio de la feminidad** no puede ser más que un hecho biológico, una pieza del gran enigma de la sexualidad”. (Nunca antes en ningún texto había salido la palabra repudio, y de repente: aquí está, sin sujeto. ¿Quién repudia la feminidad, él mismo, los hombres, las mujeres? ¿De dónde sale este repudio? ¿De sí mismo? ¿De la cultura?). Queda claro que él mismo queda preso de los efectos que está produciendo. Ha convertido una diferencia biológica en una desigualdad jerárquica: un superior valorizado y una inferior deplorable (abyecta en terminología postmoderna); sistema de polaridad binario excluyente. Con esta operatoria se legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica, lo cuál es, en sí mismo, una construcción social naturalizada (Bourdieu, 1998).

El establecimiento de esta estructura de dominación simbólica, sigue Bourdieu (1998), no es gratuito en absoluto, sino todo lo contrario, es el resultado de un trabajo ingente colectivo de “educación” y socialización difuso y continuo, que va modificando las representaciones del cuerpo (cerebro incluido) **para acabar produciendo el artefacto social que se llama el hombre viril y la mujer femenina (los estereotipos de género)**. Como acabamos de ver, el psicoanálisis ha contribuido a este trabajo de reproducción del patriarcado y el androcentrismo, como no podía de otra manera, puesto que era la cultura que se ha estado generando y reproduciendo desde hace unos 5000 años, que posteriormente se plasmó en la filosofía Aristotélica en la cual, según Celia Amorós (1985) encontramos una verdadera “operación patriarcal de legitimación genealógica de la historia de la filosofía”, operación reforzada, algunos siglos más tarde, por la religión judeocristiana monoteísta que instauró un dios único, una trinidad masculina (el padre, el hijo y el espíritu santo) y dos figuras femeninas dramáticas para el lugar de la mujer: Eva, la desobediente, la transgresora y la pecadora, y María, la sumisa y la abnegada, además de un mito de creación del mundo, ilógicamente también masculino (Dios crea a Adán y de su costilla...etc..). En pocas palabras, desde Aristóteles hasta Lacan se construye una filosofía occidental hondamente misógina.

Para abundar en el tema, la historiadora Almudena Hernando (2000), en un excelente

artículo titulado “Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción sociocultural”, explica que la falta de subjetividad individualizada de las mujeres responde a un plan ejecutado con toda precisión desde el siglo XII. En aquella época la sociedad se individualizaba para hacer frente a la vida cotidiana. Con el fin de frenar el proceso de individualización de las mujeres inherente a las transformaciones que estaban teniendo lugar, intervino la iglesia. Se empezó a venerar a la Virgen María –el ideal de mujer no individualizada, la madre generosa que renuncia a los deseos personales, incluido el sexual. También se reforzó el mito de origen: que el mundo perdió la condición de paraíso cuando la mujer (Eva) se atrevió a acercarse al **árbol del conocimiento**; idealizando la figura desindividualizada como modelo de mujer (el acceso de las mujeres al conocimiento –escolarización, lectura,...- es uno de los elementos fundamentales para su individuación-subjetivación)⁵. Desde este punto de vista no es extraño que **el pecado original sea acercarse al conocimiento**. A partir del siglo XII los hombres empezaron a legislar para excluir a las mujeres de todas partes. Si se querían individualizar la única salida que les quedaba era meterse en un convento⁶, lo cuál las dejaba fuera de la sociedad y sin relación con ella. A pesar de esto los conventos se llenaban, y en el siglo XVI se estableció la clausura. Con la modernidad y la razón surgió el sujeto, el concepto de “yo” que controla el mundo. La única manera de negar a las mujeres este control era impedir que accedieran a este modo de representación: la razón. Así, los teóricos de la Ilustración y de la Revolución Francesa, Rousseau entre ellos, defendieron con todos los mecanismos de que disponían los **efectos contraproducentes de la lectura y la educación de las mujeres**, y la necesidad de reclusión en los estrechos espacios domésticos.

Siguiendo con la formulación de Bourdieu (1998) **los efectos de la dominación simbólica se producen, no en la lógica pura de la conciencia, sino mediante los sistemas de percepción, emoción y acción que constituyen los hábitos –sin pasar por la conciencia ni la voluntad** (también llamados memoria procedimental (Bleichmar, 1997) o conocimiento implícito (Siegel, 2005)). La dominación simbólica es una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos y que se manifiesta en forma de emociones corporales –vergüenza, humillación, timidez, ansiedad, culpa- o de pasiones y sentimientos –amor, admiración, respeto. Emociones a veces muy dolorosas porque traicionan en manifestaciones visibles: el ruborizarse, la poca fluidez verbal, la torpeza, la cólera o la rabia impotentes; todas formas de someterse, a regañadientes, sin querer, al juicio dominante. También se manifiesta en acciones: anticipándose a satisfacer las necesidades del dominante ahorrándole el tener que admitir que las tiene, lo que le permite sentirse independiente y en control y parecerlo.

Termino con Bourdieu (1998), por ahora, con otra cita literal: “lo más terrible de los efectos y las condiciones de la eficacia de la violencia simbólica es que están durablemente inscritas en lo más íntimo de los cuerpos en forma de disposiciones (hábitos), lo que hace que **el poder simbólico no pueda ser ejercido sin la colaboración de los que lo sufren**”. Creo que sus aportaciones, aunque procedan de la sociología, nos son muy útiles como analistas porque nos permiten poder sintonizar muy finamente con las vivencias de quien se encuentra bajo la dominación.

Como veremos a continuación, de la mano de Chodorow (1994), Freud captó algo de lo que sucedía en la psique femenina pero no tuvo la capacidad de poner una distancia que le permitiera problematizar, cuestionar o patologizar estas posiciones subjetivas, en vez

de esto, se las explicaba, las justificaba. Por esto Chodorow dice: “al mirar los textos psicoanalíticos sobre el género y la homosexualidad, una tiene la sensación que están minados de dominancia masculina cultural y de asunciones no cuestionadas sobre la normalidad cultural, la conformidad, la función y la causa biológica”. Veamos sino lo poco riguroso de la comprensión del desarrollo, cuando presenta una visión del género normativo que no tiene en cuenta el papel del orden social, y no “problematiza el deseo psicológico, la necesidad o la tendencia a ser dominante o sumisa; que da por supuesta la desigualdad inherente, la jerarquía de rol y la diferente valoración de dos tipos de personas, en relación a su constitución genital; y que trata a aquellos o aquellas que no aceptan la desigualdad y la jerarquía como neuróticas (las mujeres que no aceptan la feminidad normativa) o perversas (las homosexuales), comprometidas en una queja especial o en un rechazo a aceptar la naturaleza”. Tal como afirma Chodorow (1994), “los escritos de Freud sobre las mujeres ofrecen lo que es ser mujer en la psique de los hombres, es decir, la mujer como objeto, no como sujeto”. No me consta que este libro de Chodorow haya sido traducido, por lo tanto citaré sus comentarios con cierta extensión, aunque se refieran a otros textos Freud, porque son muy ilustrativos de los efectos de esta posición del ejercicio dominación simbólica por quien ostenta una autoridad científica.

Para ejemplificar, Chodorow sigue diciendo que Freud ve a los hombres como notablemente **amorales** en su visión del compartimento masculino. A Freud no le llama en absoluto la atención el hecho de que el padre de Dora contagié a su madre de sífilis, y que esta enfermedad también podía haber afectado la salud de las criaturas. Tampoco condena/cuestiona el hecho de que este padre estuviera dispuesto a entregar a su hija, de 14 años, a un hombre maduro, de 40 y tantos, que estaba encantado con el regalo y que intentó forzarla.

En el caso de Paul Lorenz, el hombre de las ratas: Freud comenta, sin más, que Lorenz podía haber seducido a su hermana, y que se sentía libre de seducir y utilizar a una variedad de otras mujeres —a veces con consecuencias drásticas (parece que llevó a una al suicidio), y entonces le llama el “entrañable viejo” que tenía por costumbre hacer excursiones con las hijas jóvenes de sus amigos, y allí las masturbaba. En su análisis su única preocupación era si tenía las manos sucias y las consecuencias que esto podía tener para su salud física. Tanto el hombre del Lobo como el de las Ratas se habían iniciado a la sexualidad y al amor con mujeres sirvientes, de manera que ésta estaba infundida con imágenes de superioridad o inferioridad de clase, y de menosprecio para las mujeres, que Freud toma como característica de la resolución normal del Edipo.

En este sentido, Chodorow (1994) observa que hay un hilo consistente en estas historias psicológicas y culturales: la dominancia del hombre. Los hombres tienen poder familiar y social y superioridad cultural; y desde el punto de vista psicoanalítico también tienen dominancia sexual.

En consecuencia, parte del aprendizaje de los significados de masculinidad y feminidad incluye aprender no simplemente la diferencia, sino el valor diferencial y el poder y jerarquía asimétricos. Diferencia que equivale a desigualdad y que es dolorosa para la parte inferiorizada.

En toda una serie de casos: Anna O., Elisabeth Von R., Lucy R., vemos que Freud

empieza a entender la implicación del deseo sexual y del trauma sexual en la génesis de la histeria, estas mujeres tienen una subjetividad sexual con la que se debate (me refiero a su renuncia de la teoría de la seducción) y que acaba por no recoger en su teoría, en que describe a las mujeres como “casi asexuales” (Chodorow, 1994).

Para acabar con este libro de Chodorow (1994), dos palabras sobre el narcisismo masculino: Freud en realidad se ocupa de la distinción entre personas dotadas fálicamente y personas castradas (para él las mujeres son hombres castrados). En sus propias palabras, en “Fetichismo”: la presencia del pene distingue al hombre, y la “Naturaleza” como precaución, ha ligado una porción de su narcisismo a este órgano particular.

A partir de la carencia de este órgano Freud describe una variedad de rasgos que, según él, caracterizan a la mujer: vergüenza de su cuerpo, celos, un menor sentido de justicia (debilidad del superyo) y narcisismo y vanidad, ya que la autoestima que un hombre centra en su pene, en una mujer se difunde defensivamente por todo su cuerpo.

Dejo apuntados los temas, que se desprenden de los textos básicos del desarrollo psicosexual femenino, que estamos rebatiendo: **el sexo único masculino, la castración realizada, la sexualidad masculina de la niña, la anestesia vaginal, la sexualidad y la feminidad**. Cuestiones que afectan al cuerpo de la niña y de la mujer, y que por un lado, colocan a las mujeres en una posición subordinada, y por el otro, se siguen repitiendo con demasiada frecuencia acríticamente a pesar de haber estado rebatidas desde el mismo momento de su difusión.

En realidad ya dijo Horney (1924, 1926) que cuando Freud se preguntaba ¿qué es la feminidad? se estaba preguntando cómo se sentiría un hombre o un chico sin pene. Dice Chodorow (1994), al volver a mirar lo que dice Freud sobre las mujeres: nos deja con **una teoría normativa de la psicología femenina y la sexualidad**, y con un informe rico de la masculinidad tal como se define en relación a las mujeres. Lo que falta es el relato de las mujeres.

Dio Bleichmar (1997) dice: ¿Se puede ser psicoanalista y no trabajar con la teoría del Edipo? Es decir, se puede trabajar con una mujer paciente y no sostener que tiene que renunciar a sus veleidades masculinoides, feministas, histéricas, arcaicas, bisexuales, ... todas ellas equiparadas en su inconsciente con poseer un pene por medios ilícitos, con el fin de recibir un niño (mejor que una niña), que es lo que le corresponde verdaderamente, para, de esta manera atravesar el Edipo exitosamente?

Sigo con Dio Bleichmar: ¿Qué tiene que ver la maternidad⁷ con el placer sexual? ¿El psicoanálisis no está contribuyendo a la anestesia y a la frigidez al imponer una finalidad reproductiva a los deseos sexuales de la mujer? Por otro lado. ¿Cómo pensamos que se origina y estructura el deseo de hijo en el hombre? ¿No llama la atención que el psicoanálisis no haya estudiado este lugar en la subjetividad masculina, y que el padre sea simbólico, algo en sí mismo alieno y extraño? Chodorow (1994) nos muestra la incapacidad real de Freud para identificarse con las madres y su sorprendente falta de interés en las relaciones parentales.

Respecto a la masculinidad

Aunque ya ha quedado suficientemente claro el trabajo normativo del psicoanálisis respecto a la feminidad, en las mismas líneas se entreveía como normativizaba también respecto a la masculinidad. Ahora que es su centenario, podemos verlo de forma más directa en la deconstrucción del “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Caso ‘Juanito’)” que hace Corbett (2009) en “Little Hans: Masculinity foretold”. El mismo título ya es elocuente: masculinidad dictada. En el artículo Corbett contempla el caso como “una ilustración ejemplar de cómo la narrativa normativa de la masculinidad ha cambiado poco durante los últimos 100 años, porque el chico que emerge de la explicación de Freud es un chico apartado de las mujeres, de sus cuerpos y de sus estados afectivos, aunque vulnerable a su belleza idealizada –se enamora perdidamente- y a su generosidad. Es un chico formado a través de la competencia con los hombres y el repudio de su deseo hacia ellos. Un chico que tiene que soportar la opresión de los hombres narcisistas poderosos. Un chico que está constituido mediante el objetivo antes que el objeto”, es decir, el objetivo de Freud era explicar su teoría de Edipo, que para el caso Juanito sería un cuento como este: “Mucho antes de que Juanito naciera... yo sabía que vendría un Juanito que querría tanto a su mamá que se vería empujado a temer a su papá por ello”. Juanito ya era un personaje de la narrativa edípica de Freud mucho antes de que naciera. Es decir, estaba predeterminado. Tanto es así que el mismo Juanito llegó a preguntar a su padre si el Profesor hablaba con Dios, puesto que podía predecir las cosas de antemano.

Juanito fue el primer niño psicoanalítico –el sujeto fundante- a partir del que Freud (1909) elaboró e incorporó su teoría de la niñez (*boyhood*) y la masculinidad. Vamos a ver un poco cuál es el contexto en el que se construye esta noción. La historia es la de una familia: padre, madre, hijo e hija. El padre de Juanito trasladaba sus observaciones a Freud, quien le asesoraba acerca de cómo tratar la fobia de su hijo a los caballos. Su padre le decía a Freud: “Teme que *un caballo le morderá por la calle*, y este miedo parece estar de alguna manera conectado con que a Juanito se le ha asustado con un gran pene, aunque también me pregunto si esta fobia puede expresar su ansiedad en relación con su madre”. El padre de Juanito le planteaba a Freud un dilema entre apego y deseo que Freud resolvió rápidamente a favor del deseo como primario, que presiona pero que está reprimido, lo que da cuenta de la ansiedad relacionada con el deseo erótico hacia la madre, quien a su vez responde con ansiedad y amenaza a los comportamientos masturbatorios de Juanito. A pesar de que Freud había percibido su necesidad de contacto afectivo con su madre, él estaba centrado en sus ideas: la represión, y la primacía del deseo sexual hacia la madre (el Edipo).

Entonces asoció el caballo con el deseo fálico no domado, y sostuvo que Juanito estaba preocupado con su pene y con su placer masturbatorio, y ansioso porque se veía inferior a aquellos que poseían un pene más grande, lo que permitió a Freud afirmar mediante su metanarrativa acerca de la “constitución sexual” como primaria, pre-discursiva y anterior a la cultura, que, los estados psíquicos llamados *masculinidad* se originan mediante la “función biológica” por el pene predisponente, que en este periodo está marcado no por la primacía genital sino por la primacía del *falo*”. Además equiparaba deseo heterosexual a masculinidad. En este marco, el cuerpo del chico –su pene en particular- inicia e impulsa su experiencia subjetiva y relacional de deseo. En este marco, el pene precede al chico (p. 739-740).

Además, Corbett, partiendo del trabajo de Lewes (1988)⁸, sabe que hay doce posibles soluciones al complejo de Edipo, y conoce las consecuentes variaciones de la sexualidad y del género que pueden surgir de ellas, y que la heterosexualidad es sólo una de las doce posibilidades para el chico (y doce para la chica): sexualmente activo, con una elección de objeto de distinto sexo (anaclítica vs narcisista), escogiendo como objeto una madre castrada, y basándose en la identificación con el padre. Queda claro que resulta problemático otorgar normalidad a una única sexualidad. Tanto Lewes, como Chodorow (1994), como Corbett (2009), afirman que todas las sexualidades son problemáticas y que todas se tienen que explicar porque surgen del trauma y del compromiso.

Ahora sabemos, porque en el 2005 se han desclasificado de los Archivos de Freud, que la familia de Juanito estaba muy interesada en las ideas de Freud (él considera que se encuentran entre sus adherentes más íntimos), en realidad Max, el padre, hacía observaciones de la vida sexual de los niños para Freud. También sabemos que Olga, su madre, había estado en tratamiento con él, tal vez todavía la estaba tratando mientras escribía el "Caso Juanito". El matrimonio, animado por Freud, fue un fracaso. A pesar de esto, él les aconsejó que tuvieran hijos. Tuvieron a Hans y una niña 3,5 años menor, Hanna. La relación de Olga con sus hijos era mala, aunque con Hans era mejor que con Hanna, a la que literalmente, maltrataba. En cuanto fue adulta Hanna se suicidó. Por otro lado, la literatura alrededor del caso muestra una Olga muy desequilibrada con su familia y enfadada con Freud porque consideraba que Freud les había destrozado la vida.

Y lo que es llamativo del caso Juanito es la ausencia de referencias a la familia en su discusión. Freud coloca a la familia en un lugar simbólico, que no está sostenido por los datos de su vida de cada día, o, a decir verdad, los ignora deliberadamente para poder afirmar, como hace, que, la madre de Juanito es "excelente y dedicada". Pero más significativa aún es la ausencia de la madre como sujeto hablante. Por lo tanto, lo que Corbett señala es que el discurso del último siglo acerca de la masculinidad gira alrededor de estas ausencias. En los últimos cincuenta años la teoría angloamericana del género (Stoller, 1965; Bemjamin, 1988; Chodorow, 1978, 1994, 1999; Butler, 1993, 2004, Dimen, 2003; Goldner, 2003; Harris, 2005; Layton, 1998) junto con la teoría psicoanalítica del desarrollo (Fonagy, 2001) han construido una teoría consistente que se fundamenta en la comprensión de una matriz que contempla la integración de: relación, cuerpo, mente y social.

Entonces, Corbett entiende que la experiencia de masculinidad de Juanito está construida mediante una acumulación compleja de un intercambio infinito de interacciones entre cada figura parental y el niño; entre la sociedad y el niño; entre el mundo simbólico y el niño; del niño y su cuerpo y sus genitales; de la observación de las diferencia sexuales morfológicas; y de los componentes fisiológicos. Que este proceso complejo empieza a funcionar después del nacimiento (o antes, ahora que se puede saber el sexo de la criatura desde los pocos meses de gestación), y se cruza con un desplegamiento infinito de significados conscientes e inconscientes y de mensajes enigmáticos que se traspasan de las figuras parentales a las criaturas.

Pero lo que hizo Freud, desde su posición de autoridad, con Juanito fue darle respuestas

que definían, dictaban y predecían la masculinidad, una masculinidad dominante, que lleva su mancha indeleble: heterosexual, homofóbica, independiente, propulsada por el poder, que coge, que no necesita, y que no tiene lugar para el reconocimiento mutuo.

A Juanito la masculinidad le es dictada, definida, predicha, instalada, regulada y reforzada. A Juanito Freud le introduce, mediante la interpretación, lo que es y lo que no es un chico, lo que debe y lo que no debe hacer, lo que teme y lo que desea.

Corbett termina su artículo dándonos su propia visión de la masculinidad (en realidad tiene un libro a punto de salir titulado “*Maneras de ser chico (boyhoods): repensando las masculinidades*”) en que la contempla como algo parecido a un campo de fuerzas o a un ensamblado caótico, emulando a Harris (2005). Afirma que **los tropos socioculturales del género se combinan con patrones sociofamiliares que a su vez son matizados por contingencias de raza, de clase y de época histórica. Esta construcción a su vez, se entreteje con el desplegamiento intrincado del cerebro, las neuronas, las hormonas y la piel. Actualmente, un siglo más tarde, en el momento que consideramos las distintas posibilidades de los chicos modernos, nos quedamos con una visión más compleja y más humilde, con un discurso con menos certidumbres, aún reconociendo el misterio de la masculinidad y los límites de nuestro alcance.**

Las raíces biológicas de la masculinidad

Kernberg (1995) afirma que una diferencia bien establecida en el rol de género es la mayor agresividad de los chicos, que Tobeña (2008) relaciona inequívocamente con la testosterona. Además, los andrógenos, afirma Tobeña (1995), son el ingrediente principal que influye en la intensidad del deseo sexual tanto en machos como en hembras.

A todo esto no hay que olvidar la afirmación de Chodorow (1994) que dice que “hay muchas evidencias de la biología moderna que muestran que la experiencia afecta a las estructuras y funciones tanto como a la inversa”.

Las raíces del debate psicológico respecto al aparato genital único

Hubo un amplio debate⁹ (Dio Bleichmar, 1997) en los orígenes del psicoanálisis en que Freud y Abraham trataban de encontrar evidencias respecto al sexo único masculino, que giraba en torno a si la nena tiene una conciencia precoz de la vagina o no, lo que daría cuenta de una sexualidad propia, femenina. Ellos sostenían que no, a pesar de que Karen Horney (1924, 1926, 1932, 1933) describiera la importancia de las sensaciones vaginales precoces de la niña y de sus deseos hacia el padre, y apuntara que la envidia del pene, si existía, era secundaria al miedo por el daño que el pene del padre le podría hacer en sus genitales con sus medidas tan grandes. En estos artículos también afirmaba que, tanto el clítoris como la vagina pertenecen al aparato genital femenino y que no es necesario cambiar de zona, de la sexualidad clitoridiana (masculina) a la vaginal (femenina). Acababa diciendo que las mujeres que desean “huir de la condición femenina”, en realidad desean huir de la desventaja social de las mujeres en una cultura de orientación androcéntrica. Estas aportaciones no fueron incorporadas a la teoría y Freud, a pesar de su ignorancia reconocida sobre la sexualidad femenina (en la correspondencia con Abraham) siguió manteniendo la teoría del sexo único (masculino)

y de la anestesia vaginal, llegando a proponer que la vagina se excitaba vía el pene interior (escibalo) a través de las paredes de contacto.

Jessica Benjamin (1988)

La autora, realiza con su ensayo "Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación" una reflexión muy elaborada sobre la "madurez" psicológica, y cuestiona dos conceptos hasta ahora considerados como los estadios superiores del desarrollo "sano": 1) la resolución del complejo de Edipo para alcanzar la autonomía o la independencia, tal como es en el planteamiento freudiano; 2) la consecución de la subfase de separación-individuación como último estadio del desarrollo propugnado por Margaret Mahler.

Si nos quedáramos con la resolución del Edipo como fase más madura del desarrollo, estaríamos aceptando como sana la noción de la autoridad paterna. Aceptar este hecho significa dar por buena la dicotomía y la "escisión psíquica" de las posiciones polarizadas, significa reconocer que la madre representa la irracionalidad y la indiferenciación (fusión oceánica), de la que nos tenemos que guardar, con la ayuda del simbolismo del padre, que representa la racionalidad y la separación. El resultado de esta "escisión", de esta estructura polarizada, es que se elimina la posibilidad del **reconocimiento mutuo**.

El concepto de intersubjetividad de Daniel Stern (1985) pone en cuestión los trabajos anteriores de Margaret Mahler en el sentido que demuestra que el bebé, entre los 7 y 9 meses de vida, se da cuenta de que otra persona puede sentir lo mismo que él con gran satisfacción. Es decir, que puede establecer una conexión emocional con el otro. La criatura reconoce la existencia del otro como igual y como diferente.

Esta noción revolucionó la psicología tal como se entendía hasta entonces al introducir el aspecto realmente innovador de disfrute en la interacción, contrapuesto al de "autismo" del bebé. En la visión clásica había un sujeto que evolucionaba gracias a la acción de los objetos (la madre). **Con la noción de intersubjetividad hay desde el principio dos sujetos en interacción, con la consiguiente revaloración del papel de la madre. Lo que permite el concepto de reconocimiento mutuo, cosa que el repudio psicoanalítico clásico de la mujer, no permitía.**

Otra aportación importante de Benjamin con este ensayo es la reformulación crítica del mito de Edipo. Freud utiliza este mito para explicar nuestros deseos inconscientes y nuestro sentido de culpa inevitable, y presenta la aceptación de la autoridad paterna como sana. Al hacer eso, niega e ignora, el miedo y la sumisión que el poder paterno ha inspirado históricamente. Freud también elude el papel del padre en el mantenimiento de la fantasía de omnipotencia.

En su lectura del mito de Edipo "pasó por alto" la violencia del padre, su agresividad, su frialdad. Freud no elabora, ni analiza, el intento de Laio de asesinar a Edipo al nacer, que es el que pone en marcha el conjunto de los acontecimientos.

Si no pasamos por alto esta transgresión, como hizo Kohut (1982), aparece una lectura bien diferente. Laio aparece como un padre que intenta evitar lo que es el destino de

todos los padres: morir y ser sustituido por sus hijos. Es el padre edípico, el que no puede dejar la omnipotencia. La idea de su propia mortalidad, dejando su reinado a su hijo, es demasiado para él. No la puede soportar.

En la versión de Freud, Edipo aparece poseído por el deseo de matar a su padre, mientras que en la lectura que hace la autora del mito, se muestra cómo Edipo también intenta evadir la profecía. El hijo edípico es un hijo que no puede soportar su deseo de matar su padre, porque el hecho de que se cumpliera la profecía lo dejaría sin la autoridad que lo protege, sin el ideal que le da vida.

Con esta obra, ya clásica, la autora incidía en la controversia sobre Edipo y Narciso que tenía lugar en el momento de su publicación, cuyo contexto era la caída de la autoridad paterna y la búsqueda resultante de un camino diferente hacia la individuación. Hay una contradicción escondida dentro de la individualidad que los estudios sobre el narcisismo han traído a la superficie: la incapacidad de reconocer la realidad independiente del otro.

La teoría del Edipo niega la necesidad de reconocimiento mutuo entre hombre y mujer porque: a) da primacía al deseo de ser uno, b) otorga a la madre la corporalización de la fuerza regresiva, y c) habla de la necesidad de la intervención paterna para crear la parábola de que la única liberación es la dominación paterna. Yendo más allá del Edipo podemos vislumbrar una lucha directa por el reconocimiento entre hombre y mujer, sin la sombra del padre. Rechazando la falsa premisa de la autoridad paternal como la única vía hacia la libertad, **nos queda afrontar la "diferencia" y hacer frente a las dificultades que surgirán**, inevitablemente, de la confrontación entre iguales. Tenemos que **aprender a sostener la tensión entre igualdad y diferencia entre las personas**. El **reconocimiento mutuo** es una manera.

Al incorporar al concepto de "salud" las nociones de conexión emocional y de intersubjetividad, se tiende hacia posiciones menos autoritarias y por lo tanto más democráticas, que incluyan a todos los seres humanos: hombres o mujeres.

En resumen: el desarrollo, entonces, tendría lugar en tres etapas; 1. la pre-edípica prolongada, sin el repudio de la feminidad, 2. el nuevo Edipo, sin la necesidad del dominio paterno, y 3. la post-edípica, que permitiría a los hijos y a las hijas asumir la responsabilidad de los propios deseos; y al mirar atrás y ver a sus padres, poder evaluar críticamente su herencia, sin necesidad de identificarse con su autoridad, ni tener que matarlos simbólicamente.

Por lo tanto lo que propone Benjamin para salir de los circuitos de la dominación es redefinir la maternidad y paternidad en dirección a la **parentalidad dual**, también llamada **nuevo contrato sexual** (Berbel, 2004) en que tanto el padre como la madre se hagan cargo de los aspectos materiales y emocionales de las criaturas. Es la solución que actualmente adoptan muchas parejas.

Emilce Dio Bleichmar. La sexualidad femenina.

Queda claro que en el psicoanálisis clásico el concepto de desarrollo psicosexual es muy sexual y poco psico. Es Dio Bleichmar (1997), a mi modo de ver, quien clarifica diciendo: el abordaje de la sexualidad dentro del psicoanálisis se ha vuelto naturalista. Es

necesario reincorporarle la partícula *psi* para devolver la sexualidad a su vertiente humana. El género es el que hace este papel. El género no es un término psicoanalítico pero hay que incorporarlo.

Dio Bleichmar (1997) reformula el psicoanálisis clásico por medio del paradigma intersubjetivo de Stern, que empieza postulando que desde el principio hay la presencia simultánea de dos sujetos vivos en interacción, la madre y la criatura. Pero le da un matiz muy particular, dice: la función del adulto de “apego” es la de proveedor de las condiciones de autoconservación de la criatura, y, simultáneamente, crea un estado que construye la mente del bebé en la medida en que hay una disimetría radical. La identificación primaria y secundaria con los padres del propio sexo constituirán un *ideal de género* para la criatura, que al año ya tiene establecida la diferencia de género, que no es sexual, sino excretora y social, al que el yo tiende a conformarse.

Lo que a los psicoanalistas les cuesta aceptar es que la mediación por parte del adulto no lo constituye el rojo de la sexualidad sino el rosa o el azul del género.

El yo es desde su origen una representación de uno mismo genérica. Es decir, el género es uno de los atributos constitutivos del yo. Es imposible concebir un yo humano neutro. Para la pareja de padres el feto ya tiene sexo. Es a partir de la forma de los órganos sexuales externos del feto del bebé que se desencadena lo que John Money (1955), estudioso del hermafroditismo, definió como el “dimorfismo de respuestas”. La tesis de Money es que desde el origen hay un proceso de atribución de género a través de los fantasmas y expectativas de feminidad/masculinidad que hacen los padres durante el embarazo y la vida postnatal. En la estructura asimétrica de la relación adulto-criatura la pareja de padres pone continuamente en acto sus fantasmas de género; precipitados de lo histórico-vivencial de cada uno que funcionará como un troquelado –el concepto de impronta de Lorenz- y se convertirá en un esquema de género, tan inmutable como un idioma materno. En resumen, género es, según la definición de Money de 1955, un sistema de relaciones cara a cara, de los padres y familiares próximos con la cría humana durante los dos o tres primeros años de vida, a partir del cual se instituye en el psiquismo de la criatura el sentimiento íntimo de ser niño o niña. Money también postuló que los padres, a través de sus fantasmas y creencias podían generar una identidad contraria a la anatómica, pero que se revela de igual o mayor poder. Actualmente todo esto es cuestionado y reformulado particularmente por Judith Butler (2004)¹⁰, Anne Fausto-Sterling (2000) y Cheryl Chase (1998), como veremos más adelante.

El género es una noción eminentemente psicológica, importada al psicoanálisis por Robert Stoller (1975), que habló de la identidad de género. Dio Bleichmar toma de Gayle Rubin (1975) el concepto de “sistema sexo-género” y deja clara la diferencia entre sexo y género: “bajo el sustantivo género se agrupan todos los aspectos psicológicos, sociales y culturales de la feminidad/masculinidad, reservando el término sexo para los componentes biológicos, anatómicos y para el intercambio sexual en sí”.

Dio Bleichmar sostiene que hay una múltiple determinación del sexo biológico: cromosomas, hormonas fetales, sexo gonadal fetal, morfológico y gonadal posterior (que pueden coincidir o no –por ejemplo en las criaturas hermafroditas); y que también hay una múltiple determinación del género después del nacimiento, que, por ejemplo, para una niña comprende: las creencias de la madre sobre el destino de mujer que espera

para su hija; las creencias del padre; las experiencias infantiles que dan forma a los modelos e ideales de ser mujer en el mundo; adultos que se erigen en modelos para la nena, tanto de feminidad positiva, como negativa; los modelos de feminidad vigentes en el entorno inmediato de la niña, y los que reciba por los medios. También jugaran un papel, el grado de placer y satisfacción de cada progenitor con su identidad, y el modelo de pareja que los adultos aporten a sus hijos e hijas. (Podríamos hacer un cuadro parecido para el niño).

Lo que las criaturas descubren es el conjunto del sistema sexo-género. Su metabolización constituirá la construcción individual del significado sexual que gobernará su vida psíquica determinando sus comportamientos sexuales. Por metabolización entiende la incidencia que tiene su descubrimiento para la criatura, su inscripción psíquica, o su fantasmaticización, y su rechazo o aceptación.

Para explicar lo genuino de Dio Bleichmar, paso directamente al segundo tiempo de la sexualidad, al significado sexual. Dice, el niño define la feminidad como una amenaza narcisista y esto lo lleva al repudio. La **masculinidad**, el género, ha hecho de la **posesión y el disfrute del órgano** el soporte central de la identidad masculina, lo que fundamenta que el niño normativice su masculinidad a través de la misoginia, rechace la feminidad de las niñas, se separe de la madre y repudie todo tipo de debilidad viril.

Para la niña la **feminidad** está situada de una forma más discontinua: teme la pérdida de amor. El ser sexuado de la nena es **la gracia y la belleza** en tanto que **atributos del cuerpo entero**.

Dio Bleichmar continua: la niña alcanza el complejo de Edipo más tarde y tiene que metabolizar la manera como la sexualidad afecta su identidad femenina, que está establecida alrededor de la maternidad. Este proceso de construcción del significado sexual es complejo, conflictivo y de difícil resolución narcisista, porque no siempre significa un “puerto seguro”.

La escena originaria es la relación sexual entre los padres observada o supuesta por la criatura, que la suele interpretar como un acto de violencia por parte del padre. Tanto el niño como la niña fantasean que **la madre sufre el coito**. La explicación se encuentra en el momento de construcción del significado sexual donde se mezclan el esquema de género con el propio saber sobre la sexualidad. La violencia del hombre hacia la mujer no parece ser solo un fantasma ni una teoría infantil, sino una experiencia tan repetida que puede ser considerada propia de la feminidad.

La niña poco a poco va construyendo un significado del cuerpo entero como órgano sexual, y a la vez, una operatoria mental de desestimación de un significado así. Una especie de renegación y de disociación mente/cuerpo que le permite **“hacerse la tonta”** de la violencia a la que su cuerpo está sometido y a la que incita.

¿Qué pensamientos atribuimos a la niña cuando, situada en su papel de mujer, si quiere ser amada por el padre tiene que sufrir el coito violento? Si el formato originario pasiviza a la niña y le hace sufrir violencia tendríamos que pensar que el fantasma masoquista es la forma habitual como se sexualiza su feminidad. Para la niña la sexualidad es amenazadora, porque además de excitarla, la asusta. Habitualmente la niña, ante una

escena de sexo por la tele, para dominar el miedo que le provoca recurre al romanticismo, al encubrimiento de la violencia mediante la idealización del amor. **A las niñas y a las mujeres se las prepara para aceptar la violencia en nombre del amor.** Tengamos en cuenta, además, que la mayoría de escenas sexuales en las películas, además de contener determinadas dosis de violencia, ofrecen una visión de la sexualidad femenina que no es así ni para la mayoría de las mujeres ni de las parejas: orgasmo simultáneo por penetración al medio minuto del inicio del acto.

La niña reprime fuertemente la dimensión persecutoria, de violencia y de amenaza a la integridad corporal y a la estima del yo. Y se pregunta, ¿a todas las mujeres les ocurre lo mismo, o solo a algunas? Encuentra a las mujeres divididas en dos categorías: las honradas y las ligeras, esposas y concubinas, amantes y prostitutas, “las que se dejan meter mano” y “las que no”, mujeres abandonadas, violadas,.. Ante este panorama amenazador **la niña reprime el deseo e idealiza el amor**, que se convierte en garantía de su narcisismo de género y de la autoconservación de la identidad corporal.

Pero además, recurriendo a la función encubridora del mito (Robert Graves, Valabrega, Lacan) Dio Bleichmar nos hace observar como la mitología cristiana de la creación del mundo y de la persona por una figura masculina elimina el papel procreativo de la mujer, y no solo esto, sino que además descubrimos que se está realizando una **inversión o un deslizamiento progresivo de la responsabilidad y la culpa de la violencia hacia la madre.** Eva, o la madre fálica, son situadas en el orden simbólico: para explicar el origen de la sexualidad se propone la mujer seductora, provocadora; para dar cuenta de la tragedia mental, a la madre fálica. **En la teoría del hombre sobre la mujer, del psicoanálisis sobre la niña, parece que estamos en condiciones de pensar que ha habido un apoderamiento de la narración para esconder el abuso de la violencia y contribuir a una forma de blanqueo del papel del padre que le exime de la responsabilidad que le corresponde.** El cenit de este sistema de pensamiento lo encontramos en el “padre simbólico” de Lacan.

Para terminar con la tesis de Dio Bleichmar, dice “la represión sexual de la niña es de gran intensidad, llegando incluso a la inhibición”. Una de sus manifestaciones es la ausencia de masturbación. Dio Bleichmar se pregunta: Las niñas que se apartan de cualquier interés sexual ¿son menos femeninas que las que se masturban? Las mujeres que llegan a la vida adulta sin haberse masturbado ¿son mujeres con trastornos de su identidad femenina? Son legiones las mujeres que acuden a las consulta en busca de ayuda por serios conflictos en torno a la feminidad y masculinidad de sus aspiraciones, expectativas, actividades: por problemáticas en torno al género. Lo que prevalece es el rechazo mayúsculo o simplemente el abandono de los modelos de feminidad que la preexisten. Yo añado: y toda esta conflictiva comporta sufrimiento, por presiones externas a conformarse al estereotipo o por exigencias internas debidas al género internalizado. Además las mujeres presentan otra problemática alrededor de la sexualidad, con cientos de mujeres con conflictos en torno al deseo sexual y al orgasmo, así como una enorme incidencia de abusos sexuales infantiles con sus consiguientes implicaciones para la vida psíquica y sexual adulta, que hace que apenas haya mujeres de las que atiendo que no hayan sufrido algún tipo de abuso infantil por parte de adultos próximos: abuelos, hermanos, vecinos ...

En realidad, su libro de 1984, “El feminismo espontáneo de la histeria” describía toda

esta complejidad, y mostraba el tormento que la sexualidad ocasionaba a las mujeres que deseaban tener experiencias y relaciones, satisfacer el deseo con la misma facilidad y falta de sanciones morales y personales que caracteriza la práctica sexual de los hombres. La histeria, la represión psicológica, correlato psíquico de la represión social de la sexualidad femenina imperante a principios del siglo XX, era expresión patológica del conflicto que vivía entre, por un lado, **estar socializadas para ser objeto de deseo**, símbolo sexual, pero por otro, tener que ser las encargadas del control del deseo sexual, es decir, de seducir a los hombres pero sin respuesta emocional por parte de ellas. A principios del XXI las mujeres ya no sufren porque han tenido relaciones sexuales ilícitas o múltiples, sino porque no las tienen. El conflicto actual se configura entre tres variables: la hipervaloración del atractivo sexual; la negación de los riesgos de la integridad corporal y la ilusión de control (Dio Bleichmar, 2000).

Sigue Emilce, **las niñas** adquieren durante la latencia un saber: la sexualidad marca a las mujeres y no a los hombres (un ejemplo lo tenemos en “puta” e “hijo de puta”), es decir, que hay una diferencia radical en la legitimación de los comportamientos sexuales de los hombres y de las mujeres, al punto que “la legitimidad que tiene el adulto para la caricia sexual de la niña es extensiva a su práctica sexual de toda clase, de manera que el delito sexual no le genera ni vergüenza ni culpa. Por lo tanto, la mayor dureza de la represión de la sexualidad por parte de la niña se vincula a este saber sobre la sexualidad adulta que sitúa a cualquier niña ante la necesidad de confrontar y negociar un significado sexual que incluye: una valoración negativa de la identidad femenina de la niña sexual; un riesgo de violencia sexual¹¹; y la constatación de la ausencia de juicio condenatorio en el comportamiento sexual masculino, por el otro.

Ya en la **pubertad**, la época del desarrollo más crítica para la niña, se le generan una serie de ansiedades sobre la integridad de su cuerpo y sobre las consecuencias indeseables que la satisfacción del deseo sexual puede conllevar que no tiene su contraparte en los temores de castración del niño. Para la niña, si estos temores se articulan con el fantasma de la escena primaria sádica, la sexualidad femenina adulta pasa a ser una amenaza real, y por lo tanto, un factor traumático.

En resumen la tesis de Dio Bleichmar es que la sexualidad femenina es muy compleja por toda esta serie de razones: en primer lugar porque **es la totalidad de su cuerpo el sexualizado, sin un reconocimiento de sus órganos** –se excita pero no se entera, por un mecanismo de escisión que le permite que la conciencia no se entere pero que se articule un movimiento de seducción, que, si es reconocido por la mirada del hombre, le devuelve una **implantación exógena del deseo**, junto con una acusación de provocadora y seductora. Y con una prohibición muy explícita de tocarse los genitales. Y teniendo que hacer, además, otra escisión en torno a la violencia, que idealiza en nombre del amor.

En sus palabras: “lo que constituye la “mascarada” de la feminidad es, en realidad, su sexualización, la forma **de sexualización de su imagen** que le viene impuesta por mandato de género y que contribuye a la escisión, clivaje, disociación en el inconsciente de una tenaz resistencia a aceptar tal identidad. Tanto si es aceptada o rechazada será a costa de sufrimiento”. En otras palabras: “nos encontramos que **aquello que perturba a la feminidad es la feminidad misma tal cual está establecida**, la sexualidad femenina con sus riesgos reales, la identidad femenina misma con sus desventajas en

una cultura que mitifica y devalúa la feminidad”.

En “Incidencia de la violencia sexual sobre la construcción de la subjetividad femenina” (Dio Bleichmar, 2000) completaba diciendo que hay una realidad de desigualdad entre los géneros que instituye a la feminidad y a la condición maternal como un objeto de deseo que encubre una profunda y milenaria discriminación.

Además, la vivencia que se inicia en la infancia de ansiedad, culpa, sexualización exógena, falta de control emocional y falsificación de su propia vivencia, ante la experiencia sexual de las mujeres, puede prolongarse a lo largo de la vida si no se interpone un trabajo psíquico de reconocimiento del atrapamiento intersubjetivo en el que se halla.

Su propuesta (1997): 1. “Si la niña está deificada en una imagen corporal que se constituye en un todo, **será necesario desexualizar sus representaciones**”.

2. “Si la niña está sumida en el desconocimiento de **sus órganos** y de **sus placeres**, será necesario **darlos a conocer y legitimarlos** para que la zona erógena sea investida sin que angustias persecutorias o de culpabilidad se lo impidan”.

Ethel Person (1999) abunda en la visión que el sistema dimórfico normativo genera dos organizaciones de la sexualidad que en los extremos puede resultar problemáticas, que denomina **hiposexualidad**, o inhibición de la sexualidad en las mujeres, e **hipersexualidad** masculina.

Respecto a la inhibición Person se refiere a dos tipos de fenómenos: 1) las inhibiciones de la asertividad (capacidad de una persona de saber lo que quiere y de hacer lo posible para conseguirlo) en un contexto interpersonal, y 2) las inhibiciones del sexo en sí (del deseo, de la excitación o del orgasmo) también denominado bajo impulso sexual.

1. Las inhibiciones de la asertividad tienen que ver con el comportamiento de deferencia o el miedo al hombre. Incluyen: falsear el orgasmo, no insistir en la estimulación adecuada, asumir que el orgasmo del hombre acaba la relación y poner más atención en complacer que en ser complacida.
2. Respecto al bajo deseo sexual, se refiere a los bajos índices de masturbación en las chicas y las mujeres, y en la capacidad para tolerar la anorgasmia, que a su vez están relacionados con la asertividad y con el hecho que muchas mujeres sean más reactivas que autónomas al respecto.

Sigue Person, los cambios en la manera de vivir la sexualidad las mujeres, orientados a la obtención de placer y a la autoexpresión, vendrán de alcanzar las condiciones necesarias para su desarrollo como sujetos, es decir, **la liberación sexual viene de la liberación personal, y no al revés**. Sara Berbel (2004) lo plantea en estos otros términos: difícilmente se puede vivir una relación sexual en libertad, simetría y reciprocidad si los dos miembros de la pareja no gozan de independencia al mismo nivel, psicológica, económica y social; circunstancia cada vez más frecuente aunque no mayoritaria en nuestra cultura.

El superyó femenino

Nora Levinton (2000), psicoanalista cuya tesis doctoral ha dirigido Emilce Dio Bleichmar, profundiza en el denostado superyó femenino, apoyándose en la obra de Gilligan (1985). Afirma: El género juega un papel en la construcción del superyó femenino:

1. Contribuye a su configuración temprana:
 - La madre es la transmisora de un modelo prescriptivo de feminidad, con pautas normativas estrictas de lo que corresponde a ser mujer.
 - El discurso parental constituye el género como creencia matriz pasional en dos direcciones: el varón se organiza alrededor de la figura del héroe (fuerza, poder, hazaña, atributo-falo), la mujer como “la gran cuidadora” (bondad, entrega, consideración a la vida y a las relaciones).
2. Valoración narcisista del mandato de cuidar:
 - En la madre recae, tanto la sede del apego, como el papel de primera figura que genera frustración e insatisfacción.
 - A partir de la pubertad la madre pasa a ser la figura cuestionada y/o repudiada por una hija que necesita rechazarla para conquistar autonomía, con pérdida de sintonía emocional para la hija.
 - Que posteriormente reclamará “cuidado emocional” a su pareja, con pocas posibilidades de éxito porque el mandato de género masculino limita su empatía. Para ellos la satisfacción del deseo sexual ya refuerza su sistema narcisista, pero para lograr satisfacción narcisista las mujeres necesitan el reaseguramiento del vínculo.
3. Continuidad de los contenidos del superyó:
 - Identificación primaria con la madre en el juego de muñecas, que anticipa el predominio narcisista del ámbito doméstico y privado.
 - Idealización en la época escolar de la constelación romántica de la novia y sus vestidos.
 - Adopción por mandato de género del rol de “cuidado del bienestar y la salud de la relación” en la pareja.
 - Estar sola la conduce a la más baja autoestima.
4. Potenciación de la maternización de las relaciones:
 - Desde el mandato de género se potencia el rol maternal y luego esta función es transferida a todo tipo de relaciones.
 - Resultado: se sienten atrapadas en vínculos, pero paralelamente registran el abuso en términos de explotación e intercambios no correspondidos.
5. Discrepancias entre el mandato de género y la sujeto mujer:
 - El mandato impone hacerse cargo de la vida de los otros, lo que para muchas es imposible.
 - La mayor dificultad: la depositación masiva de expectativas en el apego, y la falta de atención a otras aspiraciones, como las intelectuales o laborales.
6. La culpa:
 - Cuando la mujer no accede a las demandas del rol, padece una feroz autocritica.
 - Al no ajustarse al Ideal del yo, a menudo acaba con un omnipresente sentimiento de inseguridad e inadecuación, asociada a debilidad, descontrol emocional y dependencia.
 - Esto genera una autoinculpación permanente, y una hipervigilancia sobre el estado de bienestar del vínculo, con aprensión y temor a la separación y la

pérdida (aunque se mantengan en relaciones con reproches paranoides y todo tipo de psicopatología).

- El género masculino, por su parte, suele recurrir a la negación y disociación de las necesidades emocionales ya que las tienen cubiertas por las figuras femeninas de su entorno, lo que les ahorra tener que admitir que las tienen y la importancia básica de las mismas.
7. La sexualidad:
- La niña tiene que soportar una mayor censura, que le hace difícil decodificar la excitación sexual y le genera un monto de ansiedad importante.
 - Además percibe la mirada del adulto varón que convierte precozmente su cuerpo en un objeto erótico, lo cual la culpabiliza por sentirse provocadora de algo que escapa a su intención y a su control.
 - Surgen: miedo, vergüenza y culpa del doble mensaje respecto a la sexualidad, donde, por un lado tienen que ser respetables y por el otro resultar atractivas y disponibles.
 - Además, tiene que inhibir la agresividad, cosa que, si no hace, inscribe como “ser mala”, incompatible con “ser femenina”. Al reprimir la agresividad se produce: narcisización de la frustración, y reinvestimiento del apego, por el miedo a la pérdida del amor; lo más temido.

El caso John/Joan o Brenda/David¹²

La historia del género en el psicoanálisis se suele remontar a este caso. Como hemos visto Emilce Dio Bleichmar no ha sido una excepción. Corría el año 1955 y el endocrinólogo John Money, que trabajaba con hermafroditas, tuvo la oportunidad de “verificar” una hipótesis con la que venía pensando, puesto que le llamaron unos padres de un niño de un año y ocho meses, muy preocupados porque en una intervención de fimosis, a esta criatura se le acabó cauterizando el pene.

Estos padres vieron a John Money por la televisión hablando de cirugía transexual, donde presentaba el punto de vista de que si a una criatura se la somete a cirugía y se la socializa en un género diferente del que le fue originalmente asignado al nacer, podría desarrollarse normalmente, adaptarse perfectamente bien al nuevo género y vivir una vida feliz.

Los padres de David se pusieron en contacto con este doctor, quien les invitó a visitarle a Baltimore, a la John Hopkins University, donde David fue reconocido por el equipo médico y el Dr. Money recomendó enérgicamente criar a David como chica. Los padres estuvieron de acuerdo; a David le extirparon los testículos y le hicieron una preparación preliminar para el implante de una vagina, pero decidieron esperar a completar la operación hasta que Brenda –este era el nuevo nombre del niño- fuera más mayor.

Así pues Brenda creció como una chica; se la controlaba a menudo y se la trasladaba periódicamente al Gender Identity Institute de John Money para vigilar su adaptación como chica. Más tarde, cuando contaba ocho o nueve años, Brenda manifestó su deseo de comprar una pistola de juguete. Aunque no tenía pene, a Brenda le gustaba orinar de pie. Se la sorprendió una vez en el colegio y las chicas amenazaron con “matarla” si continuaba.

En este momento, los equipos psiquiátricos le ofrecieron estrógeno pero ella rehusó tomarlo. Money intentó hablar con ella acerca de la obtención de una vagina pero Brenda se negó. También le enseñaron fotografías de órganos sexuales para que conociera y deseara la así llamada normalidad de los genitales no ambiguos. De hecho salió gritando de la consulta. En otra ocasión Money también le enseñó fotografías sexualmente explícitas, y llegó a pedirles a ella y a su hermano que representaran falsos ejercicios cóitales entre ellos según las órdenes que iban recibiendo. Más tarde explicaron que se sintieron muy asustados y desorientados por esa orden y que en aquel momento no se lo dijeron a sus padres. Brenda prefería las actividades masculinas y no le gustó que se le desarrollaran los pechos.

En la localidad donde Brenda vivía los psiquiatras locales creyeron que se había cometido un error en la reasignación de sexo. Entonces fue examinada por Milton Diamond, un investigador de la sexualidad que cree en la base hormonal de la identidad y que ha estado luchando contra John Money durante varias décadas. Este nuevo grupo médico ofrecieron a Brenda la posibilidad de cambiar de ruta y ella aceptó. Empezó a vivir como un chico llamado David, a la edad de catorce años. Entonces David empezó a solicitar y a recibir inyecciones de hormonas masculinas y se le extirparon los pechos. Entre los 15 y los 16 se le implantó un falo, con el que no eyaculaba aunque sentía cierto placer sexual, y orinaba por su base.

Durante el tiempo que David fue Brenda, Money continuó publicando artículos en los que se ensalzaba el éxito de este caso de reasignación de sexo, y que Brenda era feliz, cosa difícil de sostener porque ella rehusaba a adaptarse a muchos “comportamientos de chica” y la asustaban e irritaban los constantes e intrusivos interrogatorios de Money. Sin embargo Money afirmaba que la adaptación de Brenda a la feminidad fue un “éxito” e incluso que “ofrece una evidencia convincente de que la puerta de la identidad de género está abierta en el nacimiento de la vida de una criatura normal de una forma no menor que para una nacida con órganos sexuales no acabados o para una que haya estado sobreexpuesta al andrógeno o a la que le haya faltado, y permanece abierta durante al menos más de una año después de nacer” (Money y Green, pg. 299).

El caso fue utilizado por los medios de comunicación para demostrar que lo que es femenino y lo que es masculino puede ser alterado y que estos términos culturales no tienen un significado fijo o un destino intrínseco, y que son más maleables de lo que previamente se pensaba. Kate Millet citó el caso para argumentar que la biología no es el destino.

Brenda fue sometida por Money y por su equipo a multitud de entrevistas, también la llevaban a charlas con transexuales de hombre a mujer: se le preguntaba una y otra vez si se sentía como una chica, cuáles eran sus deseos, cuál era su imagen del futuro, si incluía el matrimonio con un hombre. A Brenda también se le pedía que se quitara la ropa y que mostrara sus genitales a médicos en prácticas y a los que controlaban el caso.

Finalmente se ha criticado a Money y a su instituto por lo rápidamente que trataron de utilizar a Brenda como ejemplo de las propias creencias teóricas acerca de la neutralidad del género o sobre el papel primario de la socialización en la producción de la identidad de género.

Milton Diamond sostiene que a David le parecía insoportable vivir como una chica, y que esto da cuenta de un sentido del género con una base profunda; un sentido ligado a los genitales iniciales y que parece una verdad interna, una necesidad, que no puede ser invertido, no importa qué cantidad de socialización se emplee, es decir, que hay un núcleo esencial del género (*gender core*) que está ligado a la biología. Los ensayos de Money “ya han sido utilizados como uno de los principales fundamentos del feminismo moderno”. Esto lo afirma en base a una entrevista en la que David dice sobre sí mismo:

“Desde muy pronto noté pequeñas cosas. Empecé a ver cuán diferente me sentía y era de lo que se suponía debía ser. Pero no sabía qué significaba. Pensé que era una persona anormal o algo así. Me miraba a mi mismo y me decía que no me gustaba este tipo de ropa, no me gustaban los tipos de juguetes que siempre me daban. Me gustaba estar con los chicos y subirme a los árboles y cosas como ésas, pero a las chicas no les gustaba hacer este tipo de cosas. Me miraba al espejo y [veía] que mis hombros [eran] muy anchos, quiero decir, no [había] nada femenino en mí. [Era] delgado, pero a parte de eso, nada. Pero así [fue] como me di cuenta [de que era un chico] pero no quería admitirlo. Me di cuenta de que no quería abrir la caja de los truenos” (Diamond y Sigmundsen).

A pesar de esto, lo que defiende la Sociedad Intersexual de Norteamérica es que ni la presencia del cromosoma Y es óbice para que se les someta a cirugía, y menos que se les asigne el sexo femenino simplemente porque es más fácil producir un conducto vaginal que construir un falo, ya que, aunque es cierto, como defiende Anne Fausto-Sterling (2000) que debe asignarse un sexo a las criaturas con el fin de establecer una identidad social estable, no se puede concluir por ello que la sociedad deba dedicarse a realizar cirugía coercitiva para rehacer un cuerpo según la imagen social del género escogido. El género es un tipo de identidad y su relación con la anatomía es compleja¹³. De acuerdo con Chase (1998) (Presidenta de Intersex), la criatura al madurar puede escoger cambiar de género o, incluso, elegir la intervención hormonal o quirúrgica, pero dichas decisiones están justificadas porque están basadas en una elección informada. Sin embargo, la investigación ha mostrado que a menudo estas operaciones quirúrgicas han sido realizadas sin el conocimiento de los padres, sin que se les haya verdaderamente comunicado a las propias criaturas y sin esperar a que fueran suficientemente mayores como para dar su consentimiento. En cierta manera, todavía es más sorprendente el estado de mutilación en el que se deja a estos cuerpos, las mutilaciones que se realizan y que luego paradójicamente se justifican en nombre de una “apariencia normal”. El caso Brenda/David ha mostrado la brutalidad, la coerción y el daño pertinaz causado por las cirugías no deseadas que se realizan sobre las criaturas intersexuadas.

Anne Fausto-Sterling (2000) aporta los datos. Se pregunta. ¿Quién es intersexual y cuantos hay? El hombre y la mujer, ideales platónicos, apenas existen. Muchas mujeres tienen pelos en la cara, algunos hombres no tienen; algunas mujeres hablan con voz muy grave, mientras que algunos hombres la tienen muy aguda; los cromosomas, las hormonas, las estructuras sexuales internas, las gónadas y los genitales varían mucho más de lo que creemos. Actualmente se considera que nace en una condición intersexual el 1,7% de todas las criaturas vivas. Esta cifra no es uniforme en todo el mundo. Por ejemplo el gen de la hiperplasia adrenal congénita varía mucho. Mientras

que en Nueva Zelanda hay 43 criaturas por millón, entre los esquimales su frecuencia es de 3500 por millón.

El movimiento intersex propone, en cambio, imaginar un mundo en el cual los individuos con atributos sexuales mixtos puedan ser aceptados y amados sin tener que transformarlos en una versión socialmente más coherente o más normativa del género. Cuestionan el ideal del dimorfismo de género a la luz de la variabilidad de posiciones posible dentro del continuo entre varón y hembra y por tanto denuncian la falsedad de dicho dimorfismo como prerequisite humano. Y añaden (McCollough, 2002): “aunque algunas formas de intersexualidad pueden estar acompañadas de ciertos estados de enfermedad, y requerir intervenciones –como la hiperplasia adrenal congénita antes mencionada-, las condiciones intersexuales no son enfermedades en sí, por lo tanto los médicos tendrían que abandonar su práctica de tratar el nacimiento de una criatura con ambigüedad genital como si fuera una urgencia médica o social, en lugar de eso, deberían tomarse tiempo para elaborar un protocolo médico minucioso que los ayudara a exponer toda esta complejidad a los padres, con las incertidumbres sobre el resultado final incluidas, y por lo tanto el tratamiento de elección tendría que ser la psicoterapia no la cirugía”.

Mientras que Money consigue que aleccionen a Brenda *en nombre de la normalización*, Diamond prescribe a David el protocolo de cambio de sexo de la transexualidad con el fin de que reafirme su destino genético *en nombre de la naturaleza*. De hecho, podemos decir que juntos Brenda/David soportaron dos cirugías transexuales: la primera basada en un argumento hipotético sobre lo que debería ser el género dada la naturaleza amputada del pene; la segunda basada en lo que debería ser el género a tenor de las indicaciones verbales y de la conducta de la persona en cuestión. En ambos casos, se hacen ciertas inferencias que sugieren que un cuerpo debe ser de cierta manera para que el género funcione.

David lo sabía, hasta cierto punto, porque dice:

“El doctor me dijo: ‘será duro, te van a molestar, estarás muy solo, no encontrarás pareja, (a menos que te hagas la cirugía vaginal y que vivas como una mujer’. Yo no era muy mayor en aquel momento, pero me di cuenta de que estas personas debían de ser bastante superficiales si eso es lo único que piensan que tengo; si creen que la única razón por la que la gente se casa y tiene niños y una vida productiva es a causa de lo que tienen entre las piernas... si eso es lo que piensan de mí, si se me valora por lo que tengo entre mis piernas, entonces debo de ser un absoluto perdedor.”

Aquí, a pesar de que David pidió y recibió un nuevo pene, se niega a ser reducido a la parte del cuerpo que ha adquirido, se tiene en más estima que los doctores. Y nos está diciendo algo más: que hay una inconmensurabilidad entre quién es y lo que tiene. Y que para amar y ser amado se precisa algo más. Fausto-Sterling (2000) nos informa que David se casó con una mujer con hijos, a los que adoptó.

El 5 de Diciembre de 2004 David se suicidó, a la edad de 38 años. Su hermano había muerto hacía dos años y él estaba separado de su mujer. Es difícil saber qué fue lo que, al final convirtió su vida en inhabitable o por qué sintió que era el momento de finalizarla. Pero lo que parece claro es que sus vicisitudes alrededor del género y su “tratamiento”

contribuyeron decisivamente a un sufrimiento pertinaz (Butler, 2004).

Traigo este caso y sus vicisitudes para que sigamos pensando en la complejidad y en la iatrogenia. Hablar de sistema sexo-género es tener en cuenta la multifactorialidad de las variables intervinientes en la configuración del *self* de cada sujeto dado.

El siglo XXI

Esta primera parte la abordaré de la mano de Virginia Goldner (2003). Las lecturas que he citado hasta el momento (Chodorow, Dio Bleichmar y Benjamin) estaban todavía muy sujetas a la obra de Freud, pero la lectura deconstructiva de De Lauretis (1990), permitió comprender la fuerza reguladora de la cultura que insiste en la idea de dos sexos “opuestos” y mutuamente excluyentes que se mantiene en pie por la acción patógena de la escisión psíquica. Butler (1990) demostró que el género en realidad *crea* la misma subjetividad puesto que “las personas solo devienen inteligibles cuando se convierten en ‘generadas’.

De tal manera que quedó claro (Goldner, 1991, 2003) que la construcción psíquica del género requería la alienación de la subjetividad; que cualquier pensamiento, acto, objetivo, u objeto erótico que fuera culturalmente incongruente con la femineidad o la masculinidad normativas tendrían que ser rechazados, extinguidos o disfrazados.

En definitiva, la estructura i/o paradigma de género constituye una “situación patógena universal” que induce a un sistema de falso *self* traumáticamente sumiso que, en si mismo, produce una multitud de síntomas e innumerables formas de sufrimiento no reconocidos como tales: la melancolía y la homofobia; el trauma narcisista que constituye la femineidad como un sexo de segunda categoría, la agresividad defensiva y la hipersexualización de la masculinidad normativa (Person, 1980), la relacionalidad depresiva y la inhibición de la capacidad de actuar (“agency”) y del deseo que constituye la femineidad normativa (Butler, 2004, Dio Bleichmar, 1991; Chodorow, 1999, Layton, 1998).

La teoría del género postmoderna

El giro postmoderno atacó la propia categoría de género, monolítica y transhistórica porque demostró que el género está en si mismo constituido y estabilizado por una red de oposiciones culturales e interimplicadas; opuestos que se refuerzan mutuamente.

A medida que el género empezó a desintegrarse, gracias a la teoría postmoderna, cambió su centro de interés y pasó a teorizar la “diferencia”. La acción psíquica del género fue concebida como análoga a la acción de otros binomios culturales: la raza, el sexo, la clase social. Cada una de estas (falsas) oposiciones fue considerada como una ejemplificación del proceso patógeno, a través del cuál, variaciones inapreciables (en el tono de la piel, en la morfología corporal, en la preferencia sexual, en el nivel de ingresos) podían transformarse en polaridades simplistas (blanco-negro, hombre-mujer, gay-hetero, rico-pobre) elevando a normativo el “nosotros” (hombres, blancos, heterosexuales, ricos) por encima de un estigmatizado “ellas/os” (mujeres, negros, homosexuales, pobres). (Goldner, 2003, Layton, 1998).

Por otro lado, el género no sólo actúa *sobre* nosotros, también es un tropo cultural disponible *para* nosotros, un tropo que en realidad puede ser desplegado por el sujeto al servicio de sus *propios* objetivos, incluida la subversión de los mismos imperativos de género.

Conceptualizar el género en tanto que “recurso simbólico” es un giro postmoderno que nos lleva más allá de la perspectiva del género como un proceso lineal “de fuera a dentro”. Sobretudo Butler (1993) y Harris (2005) han aportado argumentos que muestran como el sujeto metaboliza y reelabora el “afuera” en un acto de resignificación creativa, cosa que ha permitido construir puentes entre feminismo y psicoanálisis, históricamente escindidos a cada lado del binomio “dentro-fuera” con las feministas estudiando las maneras en que las fuerzas sociales y culturales construyen a los sujetos y las psicoanalistas centradas en la mirada de procesos mediante los cuales los sujetos se inventan a si mismos a pesar de todo.

El género entonces estaría construido como una identidad social fija y un estado psíquico fluido, constituido en la tensión entre la “objetivación” (sea como sea definida en un contexto cultural y familiar particular) y la capacidad de actuación (el proyecto continuo de autocreación individual de un sujeto) (Goldner, 2003).

El género personal

Como todas las explicaciones esquemáticas, la teoría psicoanalítica del género no puede presuponer como están entrettejidos el deseo y la identificación en la creación personal del género en la vida de cualquier individuo, porque el género es personal (Chodorow, 1999, Layton, 2004, Harris, 2000); cada uno/a crea una versión del género únicamente personal, modulado dinámicamente, relacionamente inteligente y ensamblado a partir de los tropos de género que cada cultura y periodo histórico dejan disponibles.

El tema, por tanto, no es el género *per se*, sino cuán rígida y concretamente se utiliza en una mente individual o en un contexto familiar y qué trabajo psíquico e intersubjetivo despliega; **la cuestión es en qué medida el sujeto se experimenta a sí mismo como confiriendo significado al género, o si es el género un “significado que tiene lugar en él/ella” (Goldner, 2003).**

Hablando del giro postmoderno es imprescindible un paseo por los conceptos de Judith Butler. Para ello me basaré en una reseña mía (Garriga, 2008a). Butler afirma que “ser mujer no constituye un hecho natural sino una realidad cultural constituida gracias a actos realizativos o performativos. La **performatividad** es aquello que impulsa y sostiene la acción gracias a un proceso de repetición que va creando realidad por reiteración, persistencia y estabilidad. Pero la performatividad también tiene capacidad de ruptura con contextos anteriores y de asumir ilimitadamente otros. La fuerza de los performativos reside en que no es separable del cuerpo como acto corporal, incluida el habla, el lugar de la historia incorporada.

Butler considera insuficiente que se entienda el género como la variable cultural de la construcción del sexo. En cambio postula que el género y el deseo sexual son flexibles, que flotan libremente y que no están causados por otros factores estables. En concreto,

Butler, tiene una concepción de la libre elección de la identidad sexo-género que rompe con posiciones esencialistas: cualquier persona puede tener cualquier grado de feminidad y de masculinidad; despatologiza las opciones sexuales alternativas (denuncia la heterosexualidad compulsiva y reconoce cualquier posibilidad del deseo: homosexual, bisexual, transexual); y desvincula la idea de que la identidad primaria se afianza en un sexo biológicamente dado, constante, inalterable e inevitable. Según la teoría de los actos performativos de Butler, el sexo-género, es una actuación repetida, ritualizada y legitimada, que hace explícitas las leyes sociales o las altera (Femenías, 2003)

El concepto de agencia (capacidad de acción) es central en la obra de Butler y lo entiende como el carácter performativo del significante político. Esto significa que “estoy constituida por un mundo social que no he escogido”. Como resultado, el “yo” que soy está constituido por normas y depende de ellas, pero también aspira a vivir de maneras que mantengan una relación crítica y transformadora de las normas, entendiendo la crítica como un cuestionamiento de los términos que restringen la vida con el fin de abrir modos diferentes de vida, no tanto para celebrar la diferencia en sí misma, sino para establecer condiciones más incluyentes que acojan la vida que se resiste a los modelos de asimilación.

La teoría de los actos performativos permite a Butler salir del orden binario de los sexos-géneros regulados por la matriz de la heterosexualidad compulsiva y le permite teorizar la proliferación de géneros paródicos. El sexo-género es una actuación repetida, ritualizada y legitimada que hace explícitas las leyes sociales. El determinismo lo constituye la repetición estilizada de actos desplegada en el tiempo, no se trata de una elección radical, de voluntarismo, ni de una imposición ciega. Todos llevamos una representación de género, sea tradicional o no. Por lo tanto no se trata de *si hacer* una actuación de género, sino de la forma toma esta actuación. Al escoger la propia puede ser que trabajemos para cambiar las normas del género y la comprensión binaria de entender la masculinidad y la feminidad.

Laplanche (2007)

Para la construcción de sus teorías Butler y Corbett se apoyan en Laplanche, quien, finalmente ha sacado un artículo en *Studies in Gender and Sexuality*, con el que les da fundamento, proponiendo las siguientes hipótesis (que él mismo plantea como revolucionarias).

1. **Que el género precede al sexo**, lo que hace naufragar los hábitos de pensamiento que colocan lo “biológico” antes de lo “social”. Laplanche es muy preciso en su comprensión de lo social y dice: lo que hace la inscripción no es la sociedad en general sino el pequeño grupo próximo a una persona (su padre, su madre, un amigo, una hermana). Por lo tanto es el grupo cercano el que inscribe lo social.
2. Aquí ya estaba avanzando la hipótesis siguiente: que **la asignación precede a la simbolización**. Dice Laplanche literalmente: “Yo nunca dije que hubiera mensajes inconscientes de los padres. Creo que, por el contrario, hay mensajes preconscious-conscientes, y que el inconsciente de los padres es como el “ruido” en el sentido de la teoría de la comunicación –que viene a molestar y a comprometer el mensaje preconscious-consciente”. Además, añade, la comunicación tiene lugar dentro de la relación de apego, y la comunicación no

solo pasa a través del lenguaje del cuerpo, de los cuidados del cuerpo. También hay el código social, el lenguaje social; también hay el mensaje de los próximos: estos mensajes son especialmente de “*asignación de género*” y también son portadores de muchos “ruidos”, todos traídos por los adultos próximos a la criatura: padres, abuelos, hermanos y hermanas. Sus fantasías, sus expectativas inconscientes o preconscious. Este dominio ha sido muy poco explorado, el de la relación inconsciente de los padres con sus criaturas, y creo que no sólo se infiltra en el cuidado corporal. Estos deseos inconscientes también llegan a infiltrar la asignación de género. Por lo tanto, es lo sexuado y por encima de todo *lo sexual* de los padres lo que “hace ruido” de la asignación.

3. Por lo tanto que la “**identificación primaria**” no es “**con**” el adulto sino “**por**” el **adulto**. El género es adquirido, asignado, pero enigmático hasta alrededor de los quince meses. Durante el segundo año, en la fase genital temprana de Roiphe & Galenson (1981), el sexo viene a fijar al género, a traducirlo, que en la “lógica fálica” se traduce por “fálico/castrado”; pero, ¿es inevitable esta universalidad? ¿No hay modelos de simbolización que sean más flexibles, más múltiples, más ambivalentes?

Conclusiones

Como psicoanalistas trabajamos desde el caso por caso, que cada persona es única y es resultado de cómo se ha configurado su identidad a partir de la matriz relacional, emocional, cultural y social en la que ha crecido; su identidad de género se ha forjado en un diálogo performativo con la cultura respecto a los significados de la masculinidad y la feminidad (D’Ercole & Drescher, 2004). El género, entonces, está determinado culturalmente, pero sin embargo se crea individualmente, es permeable y a la vez corporizado, simultáneamente inventivo y defensivo, y tiene una estructura esencialmente relacional (Goldner, 2003). Esta definición es la materialización de la teoría psicoanalítica del género, con raíces clínicas, que ha pasado por la teoría *queer* y la deconstrucción, y que ahora consiste en *reensamblar* el género de modo que no se *reesencialice* (Harris, 2005).

Las creencias sobre el género –lo que creemos acerca de nuestro género y lo que creemos acerca de los otros- están en el aire que respiramos y son tan invisibles como el aire. Además a menudo se dan por supuestas y están incrustadas en el hacer, lo que las hace difíciles de analizar. Estas creencias se transmiten de fuera a dentro del *self*, y, puesto que las culturas cambian con el tiempo, las creencias acerca del género también lo hacen.

El género personal y las vivencias a su alrededor son un tema clínico importante, independientemente de la razón por la que un/una paciente inicie un tratamiento. También es importante que, como terapeutas, reflexionemos sobre nuestras creencias acerca del género, y sobre nuestra posición de género personal.

Mi propuesta (Garriga, 2006, 2009), hoy, es que el género debe ser un ingrediente constitutivo de la psicoterapia, que en algunos momentos será explícito, como parte del diálogo terapéutico, pero que en todo momento estará implícito, tanto en el hacer del/la paciente, como en el del/la terapeuta. Que, por tanto, tiene que estar en la mente del/la terapeuta en tanto que reflexión permanente sobre la propia posición y como aspecto a

monitorizar de la posición de nuestros y de nuestras pacientes.

Además, Bourdieu (1998) sostiene que una simple conversión de la conciencia y de la voluntad **no son suficientes** para erradicar la violencia simbólica, sino que **es necesaria una transformación de las estructuras que crean las disposiciones para su ejercicio.**

Hernando (2003) por su parte, sigue explicando que cuando, por fin, las mujeres accedieron a la escolarización tuvieron que enfrentar distintos conflictos. Uno: que la mitad masculina (e inmadura, y enferma) de la población no podía ni quería renunciar al cuidado y a las atenciones que hasta entonces tenía garantizadas (y sin las cuáles resulta mucho más difícil mantener el equilibrio de poder). Dos, interno: el modelo de identidad de género que las mujeres siguen recibiendo continúa dando prioridad a los afectos. Por lo tanto, **escoger la individuación** que les permita acceder a la posición de sujetos sociales, de equidad y de justicia social, **no es fácil**, sino al contrario, las mujeres que escogen **ser sujetos** saben que están escogiendo una opción difícil, de soledad y de esfuerzo constante; y que tienen que tener ganas porque tienen que renunciar a una percepción impotente y mítica de la realidad a fin de asumir la parte de soledad, responsabilidad e incertidumbre que comporta.

Escoger la individuación supone modificar las disposiciones que generan dominación y subordinación. Las mujeres que quieran hacerlo saben que tienen que **salir de la indefensión** en la que las dejan los criterios que las definen al servicio de la dominación. Tendrán que hacer esfuerzos para **“empoderarse”, para pasar de la posición de objetos a la de sujetos autónomas: económica, sexual y subjetivamente.** Para conseguirlo tendrán que hacer un trabajo personal.

Enseguida está dicho que las mujeres que quieran devenir sujetos tienen que salir de la indefensión y “empoderarse”, sin embargo sabemos que esta es una tarea ingente. Oponerse a la dominación comporta mucho trabajo, porque, como hemos visto, ésta opera a nivel corporal procedimental. En consecuencia, al optar por la subjetividad, hay que contar con un esfuerzo permanente que consiste en una atención constante, un autoanálisis, que detecte cuanto antes los efectos de la dominación sobre una misma, porque en la medida que una sabe que operan, y los puede reconocer, tiene más posibilidades de trabajar para evitarlos, prosigue Hernando (2003). Evitar reproducir el estereotipo de género femenino construyendo el propio sentido de género personal; evitar reproducir la familia tradicional; evitar “alimentarse” de cultura oficial (películas comerciales, mass-media en general); mantenerse en un sano agnosticismo lejos de las religiones oficiales que no admiten la valía de las mujeres. Hernando (2000) dice que las mujeres estamos aplicando la razón al sujeto, profundizando así en la subjetividad. Por esto muchas mujeres recurren al psicoanálisis o a las psicoterapias; porque están buscando instrumentos de introspección y de resolución racional de estos conflictos.

Pero, a su vez, como han señalado Benjamin (1988) y Layton (2004), esta subjetivación puede suponer una forma defensiva de autonomía, como aparece en muchas mujeres blancas heterosexuales de clase media, una autonomía marcada por una tendencia a devaluar y a repudiar los atributos tradicionalmente “femeninos” de dependencia, necesidad de apoyo, y emocionalidad. Layton, además está haciendo un esfuerzo para integrar la noción de clase social a su teorización sobre el género, la raza y la orientación

sexual, y sugiere que la ideología junto con la clase son vividas como carácter narcisista, y que la mayoría somos inconscientes de ello, y tenemos puntos ciegos respecto al mantenimiento del statu quo jerárquico que nos causa dolor. Layton advierte particularmente a los/las terapeutas de estos puntos ciegos que pueden dificultar el poder hablar de ellos en el encuentro analítico.

La familia tradicional es una de las instituciones que ha sido más cuestionada, y con razón. Por eso actualmente hay tantas formas de organizarse la vida personal. Berbel (2004) presenta una amplia variedad: grupos de jóvenes de ambos sexos o del mismo que conviven; padres o madres con criaturas; separados o separadas con criaturas o sin ellas, creando nuevas agrupaciones familiares donde pueden nacer criaturas comunes; parejas del mismo o de distinto sexo viviendo juntas; casadas o no, con criaturas propias o adoptadas, o no; personas que viven solas y que tienen parejas que también viven solas, o no; pero posiblemente en la mayoría de opciones cada persona haciéndose cargo de si misma, en términos económicos, y de la parte de sus criaturas, si las hay. Actualmente la forma más común y satisfactoria de relación de pareja es la igualitaria, para esto el trabajo remunerado de ambos miembros es fundamental, porque les permite mantener la sensación de competencia por un lado, y de libertad por el otro. En consecuencia, la combinación más sana para la crianza y para la vida en común es la que se ha dado en llamar “parentalidad dual” (Benjamin, 1988) o “nuevo contrato sexual” (Berbel, 2004), en que ambos miembros de la pareja se comprometen a hacerse cargo tanto de los aspectos materiales como de los emocionales de sus criaturas y de si mismos. Actitud muy razonable atendiendo, además, a la realidad de que el 50% de los matrimonios terminan en divorcio. Ignorar esta posibilidad no es la mejor opción, sobretodo en Catalunya, donde la mayoría de matrimonios están sujetos a la división de bienes, a diferencia de la ley española que funciona con el régimen de gananciales.

En definitiva, en las actuales sociedades democráticas, los individuos, como parte del **ejercicio responsable de su libertad, escogen** los papeles adultos, los **crean**, de manera que la psicología y la psicoterapia contemporáneas han empezado a considerar la identidad de género, e incluso la orientación sexual como resultado del compromiso consciente de la persona en la construcción de aspectos particulares de su yo (Bem, 1993), sin negar “el misterio de la homosexualidad” (Corbett, 2002).

Dimen (2003) lo formula diciendo que “nuestras ideas influyen en lo que somos y son parte de nuestra subjetividad y de la vida social; por lo tanto, las ideas y sus efectos constituyen un componente objetivo de las formas de vida que vivimos. Hay algo fascinante en la manera como construimos el cuerpo, la mente, el género; o no lo hacemos. El cuerpo es el lugar de **luchas complejas para la libertad** y es una protección contra la dominación. Y, naturalmente, esta no puede ser, no es, una lucha completamente lograda”.

O como lo dice Harris (2005): “Las constricciones culturales y las lecturas corporales afectan al género de muchas maneras, pero a pesar de ello, **cada persona hace un compromiso creativo, y se guarda y se da en una negociación sin fin consigo misma, con el otro/la otra y con la cultura**”.

REFERENCIAS

AMORÓS, C. (1985). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona: Anthropos (2ª Ed. 1991)

BALSAM, R. M. (2005), "Loving and Hating Mothers and Daughters: Thoughts on the Roles of Their Physicality", en BROWN, Sh. F., Ed. *What do Mothers Want? Developmental Perspectives, Clinical Challenges*. Hillsdale: The Analytic Press.

BEM, S. L. (1993). *The lenses of gender*, New Haven and London: Yale University Press.

BENJAMIN, J. (1988). *The Bonds of Love*, London: Virago Press. (Traducción castellano: *Lazos de amor*. Barcelona: Paidós, 1995)

---- (1995). *Like subjects, Love Objects*, New Haven & London: Yale University Press. (Traducción castellano: *Sujetos Iguales: Objetos de Amor*, Barcelona: Paidós, 1997)

---- (1998). *The Shadow of the Other*, New York & London: Routledge.

BERBEL, S. (2004). *Sin cadenas, Nuevas Formas de Libertad en el Siglo XXI*, Madrid: Narcea.

BLEICHMAR, H., (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona: Paidós.

BOURDIEU, P., (2000). *La dominación masculina*, Barcelona: Ed. 62, 2000 (Original, 1998).

BUTLER, J., (1990). *Gender Trouble*. New York: Routledge

---- (1993). *Bodies that Matter*, New York: Routledge.

---- (2004). *Deshacer el género*, Barcelona: Paidós

CORBETT, K. (1996). "Homosexual boyhood. Notes on girlyboys". *Gender & Psychoanal.* 1(4): 421-461. Traducción repartida entre Marta González y Concepció Garriga.

---- (2002). "The mystery of Homosexuality", en DIMEN, M. & GOLDNER, V. *Gender in Psychoanalytic Space*, New York: Other Press.

---- (2009). "Little Hans: Masculinity Foretold". *The Psychoanalytic Quarterly*, 68(3): 733-764.

CHASE, Ch. (1998). "Hermaphrodites with Attitude: Mapping the Emergence of Intersex Political Activism", *GLQ: A Journal of Gay and Lesbian Studies*, vol. 4 (2), primavera de 1998.

CHODOROW, N. (1978). *The Reproduction of Mothering*, Berkeley: University of California Press, (Versión en castellano: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona: Gedisa 1984).

---- (1994). *Femininities, Masculinities, Sexualities*. London: Free Association Books.

---- (1999). *The Power of Feelings*, New Haven & London: Yale University Press.

---- (2005). "Too Late", en BROWN, Sh. F. *What do Mothers Want?*, Hillsdale: The Analytic Press.

De BEAUVOIR, S. (1952). *Le Deuxième Sexe*, Paris: Gallimard. (Traducción castellano: *El segundo Sexo*, Buenos Aires: Siglo XX, 1970).

DE LAURETIS, T. (1990). "Eccentric subjects: feminist Theory and historical consciousness". *Feminist Studies*, 16: 115-150.

D'ERCOLE, A. & DRESCHER, J. (2004). *Uncoupling Convention: Psychoanalytic Approaches to Same-sex Couples and Families*. Hillsdale: The Analytic Press.

DIMEN, M. (2003). *Sexuality, Intimacy, Power*, Hillsdale: The analytic Press.

DIMEN, M. & GOLDNER, V. (2002). *Gender in Psychoanalytic Space*. New York: Other Press.

- DIO BLEICHMAR, E. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid: Adotraf.
- (1991). *La depresión en la mujer*, Madrid: Ediciones Temas de Hoy..
- (1997). *La sexualidad femenina, de la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós.
- (2000) "Incidencia de la violencia sexual sobre la construcción de la subjetividad femenina", en HERNANDO, A. ed., *La construcción de la subjetividad femenina*, Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense.
- EICHENBAUM, L. & ORBACH, S. (1983a). *Understanding Women*, London: Penguin.
- EICHENBAUM, L. & ORBACH, S. (1983b). *What do women want*, London. (Traducción castellano: *¿Qué quieren las mujeres?*, Madrid: Ed. Revolución).
- FAUSTO-STERLING, A. (2000). "The five sexes revisited", *The Sciences*. Vol. 33 (2) julio 2000.
- FEMENÍAS, M^a L. (2003). *Judith Butler (1956)*, Madrid: Ediciones del Orto.
- FRIEDAN, B. (1963). *The Feminine Mystique*, New York: W. W. Norton. (Versión en castellano: *La Mistica de la Femenidad*, Gijón: Júcar, 1974).
- FONAGY, P., (2001). *Attachment Theory and Psychoanalysis*. New York: Other Press.
- FOUCAULT, M. (1998). *Historia de la sexualidad*, Madrid: Siglo XXI, 1998 (Original, 1978).
- FREUD, S. (1981). *Obras completas*, Madrid: Ed. Biblioteca Nueva. 4^a ed.
- GABBARD, G. O. (2002). "Boundary Violations and the Abuse of Power. Commentary on Paper by Philip Kuhn", *Studies in Gender and Sexuality*, 3(4):379-388.
- GABBARD, G. O. & LESTER, M. (1995). *Boundaries and Boundary Violations in Psychoanalysis*, New York: Basic Books.
- GARRIGA, C. (2006). "Les dones del segle XXI ens volem lliures per ser i fer", *Full Informatiu, del COPC*, núm. 191.
- (2007). "Elementos para el abordaje analítico de las variaciones del género y de la sexualidad contemporáneas" www.aperturas.org, nº 27.
- (2008 a). "Elementos para el abordaje analítico de las variaciones del género y la sexualidad contemporáneas: Judith Butler (Cleveland, Ohio, 1956)" www.aperturas.org, nº 28.
- (2008 b). "[¿Qué quieren las madres? Perspectivas del desarrollo, retos clínicos](http://www.aperturas.org). Primera parte". www.aperturas.org, nº29.
- (2008 c). "[¿Qué quieren las madres? Perspectivas del desarrollo, retos clínicos](http://www.aperturas.org). Segunda parte". www.aperturas.org, nº30.
- (2009 a). "[Aplicaciones del modelo relacional a las subjetividades femeninas contemporáneas, en concreto a la maternidad, más allá del destino biológico y psicológico](http://www.aperturas.org)". CeIR on-line, Vol 3, nº 1. pp. 150-164.
- (2009 b). "El lloc de la maternitat en les subjectivitats de les dones més enllà del destí biològic", *Revista del COPC*, núm 221, pp. 41-48.
- GILLIGAN, C. (1982). *In a Different Voice: Psychological Theoria and Women's Development*, Cambridge: Harvard University Press. (Traducción en castellano: *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo moral femenino*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985).

GOLDNER, V. (1991). Relational psychoanalysis and the postmodern turn. En: *Bringing the plague: Toward A Postmodern Psychoanalysis*, S. Fairfield, L. Layton & C. Stack. (ed.) New York: Other Press

GOLDNER, V. (2003). Ironic Gender/Authentic Sex, *Studies in Gender and Sexuality*, 4 (2):113-139.

HARRIS, A. (2000). "Gender as soft assembly: Tmboys' Stories", *Studies in Gender and Sexuality*, 1(3): 223-251.

HARRIS, A. (2005). *Gender as Soft Assembly*, Hillsdale: The analytic Press.

HERNANDO, A. ed, (2000). *La construcción de la subjetividad femenina*, Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense.

HERNANDO, A., (2000). "Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural", en HERNANDO, A. (coord.), *La construcción de la subjetividad femenina*, Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense de Madrid.

----- (2003). "Poder, individualidad e identidad de género femenina" en: HERNANDO, A. (coord.), *¿Desean las mujeres el poder?*, Madrid: Minerva Ediciones.

HORNEY, K. (1924). "On the genesis of the castration complex in women", *Int. J. Psychoanal.*, 5, 50-65.

----- (1926). "The flight from womanhood", *Int. J. Psychoanal.* 12, 360-374.

----- (1932). "The dread of women", *Int. J. Psychoanal*, 13, 348-360.

----- (1933). "The denial of the vagina", *Int. J. Psychoanal*, 14, 57-70.

INTEBI, I. V. (1998). *El abuso Sexual en las Mejores Familias*, Barcelona: Ed. Granica.

KERNBERG, O., (1995) *Love relations. Normality and pathology*. New Haven & London: Yale University Press. 1995.

KERR, J., (1993). *A Most Dangerous Method: The Story of Jung, Freud and Sabina Spielrein*. New York: Knopf.

KOHUT, H. (1982). "Introspection, empathy, and the semi-circle of mental health" *International Journal of Psychoanalysis*, 63:395. Traducción en KOHUT, H. *Los dos análisis del Sr. Z*. Barcelona: Herder, 2002.

LAPLANCHE, J. (2007). "Gender, Sex and the Sexual", *Studies in Gender and Sexuality*, 8(2)201-219.

LAYTON, L. (1998). *Who's that girl? Who's that boy?*, Hillsdale: The Analytic Press (Reedición: 2004).

LE VAY, S., (1993). *The sexual brain*. Cambridge: MIT Press.

LEVINTON, N. (2000). *El superyó femenino. La moral en las mujeres*, Madrid: Biblioteca Nueva.

LEWES, K. (1988). *The Psychoanalytic theory of male homosexuality*, New York: Simon & Schuster.

McCULLOUGH, L. B., (2000). "A framework for the ethically justified clinical management of intersex conditions", en ZDERIC et al. Eds., (2002). *Pediatric Gender Assigment: A Critical Reappraisal*, Academia/Plenum Publishers.

MASSON, J.,(1984). *The Assault on Truth*, Farrar, Straus and Giroux, traducido como *Juicio a la Psicoterapia*, Santiago de Chile, Ed. Cuatro Vientos, 1991. Citado en INTEBI, I. V. *El abuso Sexual en las Mejores Familias*, Barcelona: Ed. Granica, 1998.

MASTERS, W. H. & JOHNSON, V. E., (1966). *Human sexual response*, Boston: Little Brown.

MASTERS, W. H., JOHNSON, V. E. & KOLODNY, R. C., (1995). *La sexualidad humana*, Barcelona: Grijalbo (Original de 1992).

MILLET, K. (1969). *Sexual Politics*, New York: Doubleday.

MITCHEL, J. (1974). *Psychoanalysis and Feminism*, New York: Pantheon Books. (Version en castellano: *Psicoanálisis y Feminismo*. Barcelona: Anagrama, 1982.

MONEY, J. (1955). "Hermaphroditism, gender and precocity in hyperadrenocorticism: psychological findings", *Bull. John Hopkins Hosp.*,. 96.

ORBACH, S. (1986). *Hunger Strike*, London & Boston: Faber and Faber.

PERSON, E. S., (1980). "Sexuality as the Mainstay of Identity", en *The Sexual Century*, New Haven and London: Yale University Press (1999).

PERSON, E. S., (1999). *The sexual Century*, New Haven and London: Yale University Press.

RICH, A. (1976). *Of Woman Born: Motherhoods as Experience and Institution*, New York: W. W. Norton. (Versión en castellano: *nacemos de Mujer*. Madrid: Cátedra, 1996).

ROIPHE, H. & GALENSON, E. (1981). *Infantile Origins of Sexual Identity*. New York: Int. Univ. Press.

RUBIN, G. (1975). "The traffic in women: Notes on the 'Political Economy' of Sex". En: Reiter, R. (comp.), *Toward an anthropology of Women*, Nueva York y Londres, Montly Review Press.

SIEGEL, Daniel & HARTZELL, Mary, (2005). *Ser padres conscientes*, Vitoria: Ediciones La Llave.

STERN, D., (1991). *El mundo interpersonal del infante*, Barcelona: Paidós (Original de 1985).

STOLLER, R. (1975). *Sex and Gender*, Nueva York: Jason Aronson.

Studies in Gender and Sexuality, Vol. 10 (4) 185-223, 2009.

TOBEÑA, A., (1995). *El cervell eròtic*, Barcelona: Edicions La Campana, 1995, p. 30.

TOBEÑA, A., (2008). *Cerebro y poder*, Barcelona: La esfera de los libros, 2008.

Original recibido: 7/01/2010 - Revisión recibida: 29/01/2010 - Aceptado para publicación: 17/02/2010

NOTAS

¹ Concepció Garriga i Setó, psicóloga clínica, psicoterapeuta psicoanalítica en ejercicio en Terrassa "La Saó" y en Barcelona "Alenar", miembro de la "Sociedad 'Forum' de Psicoterapia Psicoanalítica" y de la IARPP. cgarriga@ilimit.cat <http://personal.ilimit.cat/cgarriga>

² Hay un excelente trabajo de TALARN, A. (2004), "El trauma desde la perspectiva de la psicología y del psicoanálisis", que presentó en el II seminari de formació continuada en Psicoanàlisi Relacional Contemporània que dirigían Francesc Sáinz y Ramon Riera en BCN.

³ El Volumen 3, número 4, de 2002 de *Studies in Gender and Sexuality* está dedicado íntegramente a este caso. Hago un pequeño resumen del gran debate que hubo en el simposio que le dedica la revista con el título: ERNEST JONES REVISITED: A SYMPOSIUM.

⁴ Cuyas aportaciones he difundido en GARRIGA, C. (2007) "Elementos para el abordaje analítico de las variaciones del género y de la sexualidad contemporáneas" Aperturas Psiconalíticas nº 27 (www.aperturas.org)

⁵ Este verano, en una travesía por los Pirineos, en el que íbamos cuatro mujeres y tres hombres de alrededor de 50, salió en la conversación que ninguna de las familias de las mujeres había tenido el proyecto de que estudiáramos nada serio. Nuestros destinos habrían sido el secretariado y la enfermería. En cambio, todas

habíamos luchado y conseguido tener estudios superiores e incluso doctorados, y trabajamos en puestos de responsabilidad con desempeños fuera de toda duda.

⁶ Cosa que todavía es cierta en sociedades primitivas. Hay un documental acerca del Ladakh (India) que muestra como una chica que no desea hacer el papel de esposa y madre de familia no tiene otra opción que hacerse monja budista.

⁷ Tengo bastante material publicado acerca de la maternidad: Véase GARRIGA, C. (2008a,b, 2009a,b)

⁹ pgs. 187-192

¹⁰ Cuya obra he contribuido a difundir en www.aperturas.org, nº 28, GARRIGA, C. (2008a), "Elementos para el abordaje analítico de las variaciones del género y la sexualidad contemporáneas: Judith Butler (Cleveland, Ohio, 1956)"

¹¹ En los Sanfermines 2008 una estudiante de enfermería (Nagore) fue asesinada por el psiquiatra José Diego (autor confeso) por haber tenido la osadía de seducirle y no querer mantener relaciones sexuales completas.

¹² Sacado de BUTLER, Judith (2004), "Hacerle justicia a alguien: La reasignación de sexo y las alegorías de la transexualidad". En: *Deshacer el Género*, Barcelona: Paidós. p. 89-112 y de FAUSTO-STERLING, Anne, "The five sexes, revisited". En: *The Sciences*, julio-agosto 2000. p. 19-23.

¹³ El 13 de agosto, mientras estoy trabajando en este artículo y haciendo escapadas a la montaña, escucho por la radio la noticia de que una chica de 16 años acaba de pedir autorización al juez, porque la ley permite esta intervención a menores de edad si tienen autorización judicial, para poderse hacer un cambio de sexo, a chico, con el que todo el mundo está de acuerdo, ella misma, por supuesto, sus padres y los médicos de la unidad de trastornos de género del Hospital Clínico de Barcelona. La conveniencia de realizar esta intervención cuanto antes estriba en los riesgos mucho mayores de una amputación cuando los pechos están bien desarrollados. La chica está bien informada y hace casi dos años que está en tratamiento hormonal y psiquiátrico, por lo que es un caso claro que no presenta dudas a nivel médico y sobre el que hay un dictamen favorable de los forenses.